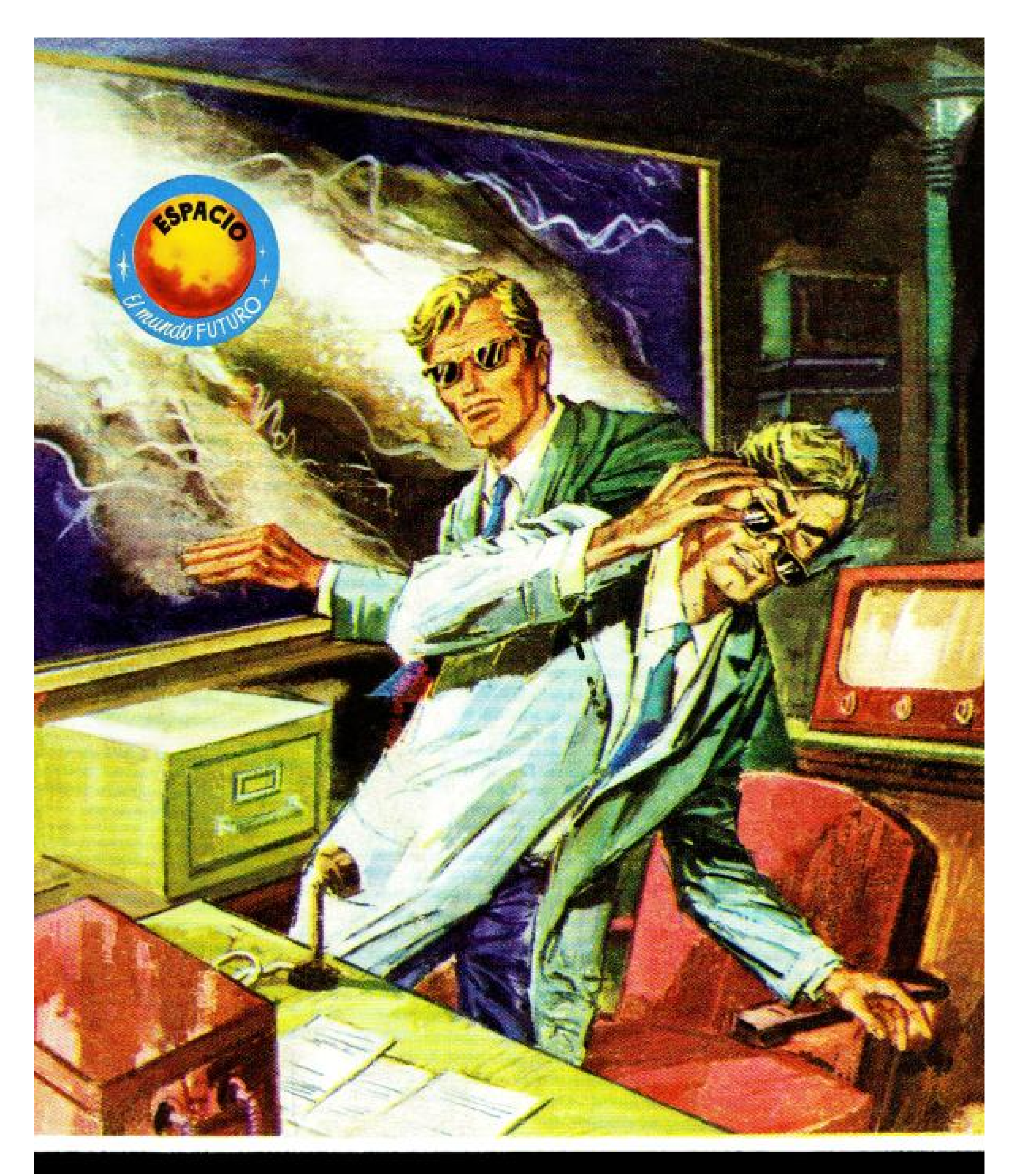


LOS SERES CONVERTIBLES

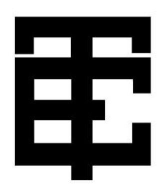
CRISTOPHER SANDER

Llevaba veinticuatro horas de vuelo cuando la hizo regresar a su punto de partida; era un momento decisivo para Sam (así le llamaban sus amigos). Había sido una prueba de resistencia y no podía fallar.

Accionó una clavija en un transmisor y comunicó:

—Regresó a su punto. Os espero.

Esto fue lo único que habló, pero alguien, desde el otro lado, sabía muy bien el significado de aquellas palabras; minutos después dos hombres descendían de un
auto-nave
y se dirigían hacia la esfera en la que, junto a ella, les esperaba el Profesor.



Cristopher Sande

Los seres convertibles

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 349

ePub r1.0
LDS 02.04.19

Título original: *Los seres convertibles*
Cristopher Sande, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



No transcurre igual el tiempo en la Tierra que en el interior de una nave que se desplace a altas velocidades. Al aumentar la velocidad, el tiempo se alarga, la masa aumenta y las dimensiones del objeto se reducen.
El tiempo, pues, transcurre con mayor lentitud en los cuerpos que se mueven a enormes velocidades, más allá del campo gravitatorio terrestre.

(Datos enciclopédicos).


LOS SERES
CONVERTIBLES

Prólogo

El hecho de que alguien, algún día, logre traspasar el umbral de otra dimensión será suficiente para decir que se encuentra al «más allá…».

Pero…, ¿qué entendemos por «más allá»…? Aventurémonos en lo desconocido y tratemos de darle forma a esta idea tan poco sólida en apariencia.

¿Es quizás el «más allá» un mundo insólito al cual desconocemos por completo? No. No sería tal mundo el que hiciera honor a la frase porque algún día llegaríamos o llegarían nuestros descendientes a él y entonces dejaría de ser un enigma. Es decir, pasar a otra dimensión no se lograría, pues, con el tiempo que empleáramos sino con la velocidad y, ésta, al alcanzar su punto exacto, sería cuando nos trasladara a través de los siglos, situándonos varias generaciones adelante o atrás; luego… habríamos alcanzado el «más allá».

Si tratamos de averiguar la velocidad que necesitaría una supernave para lograr tal proeza nos encontraremos ante cifras astronómicas; lo cual significa que casi serían cifras que escaparían a nuestra imaginación al querer competir con la naturaleza, tratando de hacer presente el pasado o el futuro.

Dejemos por un momento lo desconocido y situémonos en nuestro ambiente: la Tierra. Demos una vuelta completa a ella, de Polo a Polo, a mil kilómetros por hora y cuando hayamos llegado al punto de partida habrá efectuado cuarenta giros completos la saeta de un reloj. Es decir, habremos empleado cuarenta horas para circundar nuestro planeta.

Pero tal velocidad es una cosa trivial comparándola con las alcanzadas en nuestros días. Supongamos que efectuamos la vuelta

a nuestro globo a cuarenta mil kilómetros hora; habríamos ganado en el recorrido 39 horas de tiempo y así sucesivamente hasta alcanzar mayores velocidades, tales como la de la luz, que, con tan sólo un segundo, da en torno a la Tierra siete vueltas y media.

Sin darnos cuenta hemos hecho retroceder el tiempo; y de las cuarenta horas que empleábamos queda tan sólo un segundo.

Resumiendo: Si aumentamos esta velocidad, abriendo al máximo la válvula de escape, incluso este segundo podría convertirse en fracciones que también salvaríamos y la barrera del tiempo habría dejado de ser tal barrera.

Lógicamente, la columna que sostiene esta teoría es quizá demasiado débil y tiende a desmoronarse cuando se le carga con un problema de esta índole; pero siempre, el hombre, desde que el mundo es mundo, ha hurgado en las entrañas de lo desconocido tratando de hallar algo que llenara un hueco en el ámbito de la ciencia inagotable de la astronáutica y ha buscado también nuevos sistemas para acercarse cada vez más a ella.

La especie humana es un ser insignificante comparado con los grandes colosos que pueblan el Universo; por ejemplo, el Sol. Un ligero cambio en su temperatura (se entiende que un ligero cambio, hablando en términos astronómicos, significan centenares de grados) bastaría para borrar de la Tierra todo indicio de vida; pero uno de esos minúsculos seres vivientes logró competir con la naturaleza burlando el tiempo y el calor, aunque su proeza jamás fue probada.

Así pues, dentro de los límites de la capacidad humana, el ser racional se muestra en extremo débil para tratar de conquistar los mismos confines del inexplorado Universo.

CAPÍTULO PRIMERO


barcando un radio de cien kilómetros y fuera de la fría atmósfera de Marte, la súper-esfera describía círculos alrededor del laboratorio de pruebas de un conocido hombre de ciencia: el Profesor Sammy Ross. Sentado en el laboratorio, observaba incansable en una pantalla, de cinco metros de longitud y dos de altura, la cola de fuego que dejaba tras de sí la nave. A doscientas mil millas por segundo, el colosal vehículo, guiado por él mismo por control remoto, se había convertido en una circunferencia luminosa.

Llevaba veinticuatro horas de vuelo cuando la hizo regresar a su punto de partida; era un momento decisivo para Sam (así le llamaban sus amigos). Había sido una prueba de resistencia y no podía fallar.

Accionó una clavija en un transmisor y comunicó:

—Regresó a su punto. Os espero.

Esto fue lo único que habló, pero alguien, desde el otro lado,

sabía muy bien el significado de aquellas palabras; minutos después dos hombres descendían de un
auto-nave
y se dirigían hacia la esfera en la que, junto a ella, les esperaba el Profesor.

—¡Hola, Sam! —saludó uno de ellos—. ¿Resistió el material?

—Perfectamente; mirad y comprobadlo.

—¡Está fría! —exclamó Sergio que trabajaba con el Profesor hacía algunos años.

—Es cierto. ¿Cuánto tiempo ha estado dando vueltas? —preguntó Joel, su otro colaborador.

—Veinticuatro horas ininterrumpidas. Creo que lo logré.

—Estamos al corriente de tu invento, pero no nos has dicho qué te propones —insinuó Sergio.

—No os preocupéis. Pronto sabréis lo que me propongo hacer en realidad. Vamos al laboratorio; luego revisaré la esfera.

Sam dio media vuelta y los dos le siguieron con un gesto de extrañeza.

—Escuchad: Creo que estáis al corriente de los envíos de oro y piedras preciosas que recibe el Gobierno Terrestre cada año procedente de Selenio. Sabéis que Selenio es, para los de la Tierra, el planeta Saturno.

Los dos asintieron con la cabeza mirándose el uno al otro.

—Pues bien —prosiguió—, trató únicamente de efectuar un ligero cambio en el transbordo del material; luego todo dependerá de mi esfera. Será el golpe más audaz del siglo y sin dejar rastro.

Joel sonrió con sarcasmo; Sergio no parecía estar demasiado de acuerdo con ellos.

—¿Piensas apoderarte de todo? —recalcó—. ¿Cómo? Nadie sabe el día exacto del regreso de la nave y menos aún el lugar de aterrizaje, porque nunca lo efectúan en un mismo sitio. En la práctica es casi imposible saberlo; estos datos sólo se obtienen dos días antes de su llegada y es un cerebro electrónico quien capta las señales, imprimiendo en una cartulina el día, la hora y el lugar exacto donde quieren emplazarse para entregar la mercancía…

Hizo una pausa y prosiguió, después de encender un cigarrillo:

—Aunque consiguiéramos estos datos, ¿quién es capaz de burlar la policía espacial, Sam? Nadie hasta ahora lo ha logrado…

—Tú lo has dicho: «nadie hasta ahora» y nadie es invulnerable —afirmó Sam con una sonrisa.

—Lo que hace el hombre lo descubre el hombre y sacaremos el secreto de esa máquina aunque para ello tenga que emplear la violencia. Incluso en todas las guerras, los grandes secretos militares han sido descubiertos; luego…, consideremos esto como una batalla más y arranquemos de ella su alto secreto.

—Mañana emprenderemos viaje hacia la Tierra con mi nueva nave y desde allá trazaremos nuestro plan.

Acto seguido consultó el reloj.

—Os espero a esta ahora. Y ahora marchad; tengo que ultimar algunos detalles.

—Parece que no estás de acuerdo con los planes de Sam —indicó Joel mientras encaminaban sus pasos en dirección al auto-nave.

—Está loco. Nunca conseguirá hacerse con esos detalles y aunque lo consiguiera su propia esfera lo delataría. El cambio lo hacen con una nave del Gobierno y la suya es diferente.

—Su estructura, Sergio, su estructura —repitió Joel desviando sus pasos hacia otro lugar, después de descender. El diálogo fue corto puesto que en pocos segundos se habían trasladado a la ciudad.

—¡Hasta mañana!

Sergio no contestó y siguió andando mientras pensaba en el significado de las últimas palabras de Joel.

* * *

Sus doscientos veintiocho millones de kilómetros de la distancia media al Sol hacen de Marte un planeta extremadamente frío y para los visitantes de otros planetas se hace imprescindible el uso de aire acondicionado. Así pues, los no nativos nunca se desprenden de su traje térmico con la escafandra de forma esférica, la cual va provista de un amplificador de sonido. Puede graduarse el volumen con facilidad tan sólo haciendo girar un pequeño pomo situado en el cinturón. Con esta sencilla maniobra se puede hablar normalmente y hacerse oír a cien metros de distancia; en el interior de las casas la atmósfera está equilibrada a la perfección y anula el traje de calle,

no siendo necesario llevar la escafandra.

Sergio contaba en su distrito con numerosísimas amistades. Todas las tardes daba clases a varios alumnos de ambos sexos del idioma terrestre, teniendo a su cargo un número bastante considerable.

Mientras caminaba, un ser que no sobrepasaba los ochenta centímetros de estatura se cruzó con él y le saludó con una reverencia; era uno de los habitantes de Marte, de estatura mediana. La alzada de una persona normal marciana es de noventa centímetros y como máximo suelen verse individuos de ciento diez. Éstos son o pueden considerarse como seres altísimos en el planeta rojo.

Su promedio de vida oscila entre los 40 y 45 años en ambos sexos, indistintamente. Su constitución física es casi equivalente a la de los terrestres; pero no el parto en la mujer: el período de embarazo dura tres años y sólo en los cuatro meses últimos percibe la futura mamá de que un nuevo ser empieza a producirse y al nacer no les produce el menor trastorno. Dado el largo lapso de tiempo en los nacimientos, es poco frecuente en Marte un bautizo y cuando esto sucede el mismo Gobierno se cuida de sufragar cuantos gastos hayan y costearle, cuando su edad es útil para los estudios, el curso que la imaginación del agraciado dicte.

En el idioma marciano Sergio saludó al diminuto ser.

Antes de llegar, una esbelta silueta le aguardaba ya en el umbral de la puerta. Su pelirrojo cabello y sus ojos grises daban a su semblante un aspecto en extremo femenino y moderno. Sergio sonrió; Elsa fue a su encuentro y le besó.

—¿Cansado? —le preguntó cogiéndose del brazo.

—En absoluto, cariño.

Entraron a la estancia y Sergio se acomodó en la sala de estar, tras conectar el aparato de radiotelevisor.

—Estás pensativo. ¿Te ocurre algo? —interrogó Elsa acariciando su cuello.

—Hoy he visitado a Sam.

—¿Al Profesor Sammy?

—Sí.

—¿Para qué? —añadió con extrañeza y prosiguió—: Sé que tenéis mucha amistad, pero no me habías dicho que ibas a verlo.

—Me llamó esta mañana… También a Joel; él me avisó y fuimos a su apartado laboratorio.

—¿Qué quería?

—Nada importante… no te preocupes —contestó subiendo algo el volumen de telerradio.

—¿De qué hablasteis? —insistió Elsa, con tono que carecía de importancia.

—Nos enseñó un nuevo elemento químico para disolver metales de dura composición. Ya sabes que él siempre está probando cosas raras.

—¿Sólo para eso os llamó? —replicó con cierto recelo.

—Sí.

Ante la sequedad de Sergio, Elsa optó por cambiar la conversación.

—¿Has oído lo que dicen por ahí?

—¿Qué? —respondió sin apartar la mirada del receptor.

—Se comenta que dentro de poco llegará, procedente de Saturno, la nave que cada año suministra a la Tierra el oro y otros materiales.

—Tal vez lo diga en las noticias de hoy —insinuó Sergio, queriendo ignorar la realidad.

Accionó un botón y cambió de emisora. Al mismo tiempo una pantalla reflejaba a un locutor que iba a comentar los últimos hechos más importantes de la jomada. En los altavoces resonó la voz grave y clara. La emisora que estaban viendo estaba emplazada en la Tierra y a pesar de la enorme distancia que les separaba de ella la imagen se veía nítida y sin ninguna oscilación.

El locutor empezó a hablar: «De la teoría de la relatividad se desprende la de la contracción del tiempo; en el año 3000 en nuestro planeta se ha llegado a la comprobación de estas hipótesis de hoy.

»De regreso a la Tierra vuela una nave superlumínica. Su viaje ha durado veinte años terrestres, que para los tripulantes del cohete suponen sólo seis meses. Considerado como secreto militar de la comisión interestelar, nada podemos agregar a esta noticia, pero ¿será el año en que recibamos a los heroicos exploradores del espacio?

»Sus vidas sólo han experimentado el cambio de seis meses y, sin

embargo, encontrarán muchas cosas nuevas en su planeta natal.

»A partir de este momento tengan sintonizado nuestro canal, en espera de recibir nuevas noticias».

En otro lugar de Marte alguien daba vueltas a su imaginación queriendo averiguar a toda costa el alto secreto de la comisión interestelar: era Sammy quien había llamado a Joel para cambiar impresiones. Cogió el teléfono y marcó un número. La voz de Sergio sonó en el auricular.

—Hable…

—Soy Sam. He oído lo de la nave de Saturno y creo que es una buena noticia. ¿No te parece? Además de la carga acostumbrada, esta vez traerá consigo metales exóticos y de los más cotizados. No puede tardar en regresar a la Tierra… el caso se simplifica y basta conocer cuándo y dónde tendrá lugar el aterrizaje. ¿Te convences ahora de que valdría la pena de hacer el cambio?

—No contéis conmigo —increpó Sergio—. De todas tus descabelladas ideas, ésta es la más insensata.

—¡Vamos, vamos, Sergio! Cálmate. Nadie te obliga a participar con nosotros si no quieres hacerlo, pero de una manera parcial nos conviene que nos ayudes… sólo en parte.

—Escucha, Sam: voy a ir a tu laboratorio para hablar personalmente contigo. No quiero que Elsa sepa nada de esto.

Momentos después Sergio se encontraba sentado frente al Profesor y Joel.

—¿Y bien…? —insinuó Joel.

—Ya sabéis que trabajé largo tiempo en la central de viajes y que llevaba el control de las entradas y salidas de todas las naves.

—Sí —contestó Sam—, ¿pero…? Quiero decir qué importa eso ahora.

—Si lo sabéis también debéis saber que lo que necesitáis nadie lo sabe ni nadie puede enterarse de ello. Se lleva un fichero secreto de las naves que parten. En las fichas se indica el lugar y la fecha de regreso y luego se guardan en un archivo blindado y automático.

—Se toman tales medidas de precaución que sería inútil todo cuanto hiciéramos.

—Creo que ya os dije el motivo por el cual no quería participar en esto.

—¿Es tu última decisión?

—Lo es.

Sergio se levantó.

—Lo siento, Sam, pero es demasiado arriesgado.

Después de que Sergio abandonase el laboratorio, Joel buscó en un fichero. Momentos después el teléfono sonaba con insistencia en su domicilio. Una voz femenina contestó:

—¿Diga?… ¡Diga! —repitió.

Una voz pausada habló del otro lado:

—¿Señora Miranda?

—Sí —contestó Elsa algo confusa.

—Su marido ha sufrido un accidente. No es grave, pero necesita que venga usted.

—¿Dónde está? —exclamó con voz trémula.

—No hay por qué asustarse; él está bien y nos ha dicho que la llamáramos. Venga a…

Después de escuchar atentamente la dirección Elsa quedóse pensativa y sorprendida a la vez.

¿Por qué tanta prisa en colgar?

Pero no reflexionó lo suficiente y partió con el autonave hacia el lugar indicado por el desconocido.

Momentos antes de arrancar alguien la llamó, pero no pudo reconocer su voz y pisó a fondo el acelerador. Era Sergio que regresaba del laboratorio de Sam; no dio importancia a la salida de Elsa y pensó que pronto regresaría.

Un disco con luz roja la hizo detener. Tras los cristales, Elsa miraba con insistencia aquel disco que parecía que nunca iba a cambiar de color.

CAPÍTULO II



o llegó a un minuto lo que estuvo parada y le parecía haber estado mucho más. Salió de la ciudad y presionó el acelerador hasta el máximo. La autopista, de unos cien metros de ancha, daba acceso a múltiples autonaves en hilera en cada dirección y aquello invitaba a deslizarse por ella a velocidades de vértigo.

En caso de rotura de la dirección no era posible un accidente; tampoco si los frenos fallaban. Si esto sucedía entraban en función automática los reactores de emergencia y éstos hacían elevar al vehículo, evitando el inevitable choque y por mediación de unos turborreactores, situados bajo el coche, se podía descender con lentitud sin notar el más mínimo golpe.

Unas millas más y dejaba atrás la autopista para entrar en otra de segundo orden. Un poste indicador hacía notar el cambio unos kilómetros antes. Elsa ni siquiera lo leyó, manteniendo la misma velocidad. Segundos después un policía con una moto-reactor no

tardó en darle alcance; se situó delante y le hizo señas para que se detuviese al borde de la carretera. El
auto-nave
paró con un chirriar de frenos. Las ruedas dejaron un rastro en el pavimento. El agente se dirigió hacia el vehículo con paso lento y saludó cortés.

—¿Sabe a qué velocidad iba? —preguntó con severidad.

Elsa agachó la cabeza.

—Lamento tener que decírselo, pero es mi obligación: écheme el aliento.

A desgana hizo lo que el agente le pedía.

—No estoy bebida —replicó Elsa con gesto huraño.

—¿Tiene alguna preocupación?

—Tengo prisa, eso es todo. Mi esposo necesita tenerme a su lado; ha sufrido un accidente.

—Está bien; por esta vez no le multaré por exceso de velocidad, pero no corra tanto. Piense que mañana ha de salir el sol para todos… incluso para usted. ¿Quiere que la acompañe, señora? —continuó.

—No es necesario. Gracias, agente.

El coche arrancó y pronto se perdió de la vista del policía. Éste hizo un gesto de resignación y tomó la dirección opuesta.

Ella se detuvo frente a la dirección que había anotado y miró el papel otra vez.

¿Qué accidente habría podido tener en un lugar tan solitario y apartado de la ciudad?

Mientras pensaba esto bajó del vehículo y se encaminó hacia la casa. Un tipo alto, con grandes melenas y rostro delgado, salió a su encuentro y con voz que Elsa reconoció le interrogó:

—¿Es usted la señora Miranda?

—Sí —respondió mirando a su alrededor.

—Pase, su marido la espera.

Al entrar, Joel echó la llave. Esto extrañó a Elsa, pero no dio importancia. Había otra cosa que le apremiaba más.

—¿Dónde está mi marido?

Joel se dirigió hacia una habitación y la invitó a entrar.

—¿Quiere pasar?

Dentro estaba el Profesor.

—¿Qué es esto? —increpó Elsa dando media vuelta.

—¡Oh! ¡Vamos! —Trató de calmar Sam con ironía—. Su esposo debe estar en casa esperándola. No hace mucho, estuvo aquí charlando con nosotros.

—Entonces… lo del accidente…

—Para hacerla venir fue una excusa estupenda, ¿no le parece?

Elsa se encolerizó, pero unas fuertes manos se aferraron a sus hombros, paralizándola.

—No le ocurrirá nada si Sergio hace lo que le pedimos, se lo prometo.

—Suéltala, Joel; no debemos ser bruscos con la esposa de nuestro amigo.

—¿Qué quieren? ¿Qué es lo que Sergio debe hacer?

—Algo muy sencillo. Sólo debe facilitarnos unos datos: el lugar y la hora en que tomarán tierra los tripulantes de la nave procedente de Saturno.

—Sergio nunca hará tal cosa. Esto es traicionar al Gobierno…

—Es evidente que no lo haría si no tuviéramos a su esposa como rehén; pero tal vez cambie de opinión cuando tenga que elegir.

—¡Son ustedes unos…!

—Vamos… vamos —cortó Sam—; no vaya a emplear frases grotescas. No le irían bien a su carácter.

Joel la acercó al teléfono y lo descolgó.

—Llame a su marido —insistió Joel.

Elsa marcó el número y Sam se puso al aparato. Momentos después Sergio descolgaba el suyo.

—¡Hola, Sergio!

—¡Sam! ¿Otra vez? —contestó indignado.

—No cuelgues; esta vez te interesa oírme.

—¿Qué quieres ahora? ¡Habla!

—Ten calma; he dicho que te interesa oírme. Mañana partiremos hacia la Tierra, y tú y tu esposa nos acompañaréis.

—¡Deja en paz a mi esposa, Sam! ¿Dónde quieres ir a parar? —increpó Sergio con la intención de colgar.

—¡Espera! Tu esposa está aquí…

—¿Qué? —gritó, sin dar crédito a lo que había oído.

—Te convencerás por ti mismo. Escucha. —La voz de Elsa sonó a los oídos de Sergio como un grito de angustia.

—¡Elsa! ¿Estás bien?

Ya no oyó más. Joel la había apartado del campo de acción del micro y fue Sam quien respondió a la pregunta.

—Ella está bien y de ti depende que siga estándolo.

—¿Qué quieres?

—¿Y me lo preguntas? Tú no eres inocente y sabes bien lo que quiero; no hace mucho que lo hemos comentado…

—¡Canalla! Algún día ajustaremos cuentas…

—Deja las amenazas… Te conviene hacer lo que yo diga… Y no intentes llamar a la policía. Sentiría hacerle daño a Elsa.

Sam había escogido ya el lugar y después de haber citado a Sergio colgó el aparato sin darle tiempo a pronunciar palabra alguna. Luego se dirigió a Elsa:

—Veo que es razonable. Es más sensato de lo que creía y ha elegido entre su mujer o unos sencillos datos.

—Sencillos, pero que pueden llevarlo a la cárcel —replicó Elsa.

—Eso depende de él; y ahora —continuó Sam—, lo mostraremos su habitación. Joel la acompañará sin molestarla en absoluto. Tiene fama de ser prudente con el sexo débil…

Éste hizo honor a su fama e invitó a Elsa a que le acompañara. Entró en la estancia y Joel cerró desde fuera. La habitación era confortable y limpia.

Mientras, Sergio trataba de coordinar sus ideas para encontrar la solución a tan angustioso problema que le habían planteado. Estaba a merced de aquellos piratas del siglo XXX y de momento tenía que sucumbir a sus deseos aun a riesgo de poner en evidencia su personalidad.

Aquella noche, los pensamientos de Elsa y Sergio estaban más unidos que nunca y en tanto que Sergio daba vueltas tratando de conciliar el sueño, a alguien, en otro lugar, no le importaba el sueño en aquella ocasión, haciendo numerosos cálculos, llenando una tras otra las cuartillas de un bloc.

—¿Por qué eligen lugares distintos cada año, Sam?

Éste sonrió irónico y sacó de dudas a su compañero.

—Los sitios en que efectúan el cambio es poco frecuentado por curiosos y así evitan el tener que enfrentarse con gente poco escrupulosa, si es que logran saber el lugar en el cual se va a hacer el cambio. ¿Crees que el Sahara es buen lugar, Joel?

—Pudiera ser, pero… ¿Quién puede saberlo?

—Esperemos —continuó Sam—. Pronto saldremos de dudas.

Mientras, Elsa, vencida por el sueño, habíase quedado dormida encima de la cama, con el traje térmico puesto. Éste dificultaba sus movimientos y se despertó. Por puro instinto, miró hacia la puerta; por el escaso margen de la rendija que se veía en el suelo se filtraba luz. Esto la hizo estar un rato pensativa y la curiosidad la llevó hasta ella. Acercó el oído y mantuvo unos segundos la respiración tratando de captar alguna palabra que le sirviese de ayuda.

Sam y Joel hablaban con despreocupación, sin pensar que alguien pudiera estar oyendo la conversación. Absortos en la idea de apoderarse del valioso cargamento olvidaron a Elsa. Las voces sonaban con claridad a través de la madera (buena conductora del sonido) y pudo así enterarse de algo que la alivió lo bastante como para recobrar la confianza en sí misma.

—¿Qué haremos con ellos cuando tengamos el cargamento? —preguntó Joel en tono vacilante, pero seguro ya del éxito.

—Ya no podrán hacernos daño alguno. Les dejaremos ir.

Luego ojeó su reloj y recogió algunas cosas.

—Nos conviene descansar. Hoy será un día agitado para todos.

Pulsó un resorte situado a un lado de la mesa y la luz fue palideciendo lentamente hasta quedar la estancia sumida en la oscuridad y en el más absoluto silencio, el cual sólo era perturbado por el leve silbido de las naves de las patrullas espaciales, que, de cuando en cuando, daban un rodeo por las inmediaciones de la ciudad.

CAPÍTULO III

ran poco más de las siete de la mañana. En el interior de la casa de Sam sonó el timbre. Elsa había sido trasladada a la nave que debería ir a la Tierra y en la estancia se hallaban los dos, ultimando algunos detalles.

—Abre… y cuidado —recalcó Sam.

—Descuida —contestó Joel, sacando de un cajón de la mesa una pistola de rayos paralizantes. Descorrió el cerrojo, no sin antes mirar por la mirilla y apuntó el arma hacia el visitante.

—¿Tienes miedo, Joel? —increpó Sergio.

—Simple precaución. ¡Vamos, pasa! Y cuidado con lo que haces…

—¿Dónde está Elsa? —preguntó sin tan siquiera mirar a Sam que respondió amable:

—En la nave. No ha sufrido la menor molestia; tú mismo podrás cerciorarte. Le hemos dado instrucciones para que pueda comunicar con nosotros cuando necesite algo.

Sam hizo una señal y Joel pulsó un botón; en una pantalla rectangular colocada en un rincón y sostenida por un trípode se reflejó el interior de la esfera. Elsa apareció en ella.

—Puedes hablarle —indicó Sam.

—¿Estás bien? —se apresuró a preguntarle Sergio.

—Sí, cariño, pero sácame de aquí.

—No te preocupes; nada ocurrirá.

Joel cortó la comunicación y en tono burlón repitió lo que momentos antes dijera Elsa.

—«Sí, cariño, pero sácame de aquí» —exclamó desfigurando la voz.

—¡Imbécil! —gritó Sergio encolerizado, adelantándose unos pasos hacia él. La pistola se le incrustó en el estómago.

—¿Por qué no sigues? —Fanfarroneó Joel.

—¡Ya está bien, Joel! —cortó Sam.

—¡Con qué ganas apretarías el gatillo! ¿No es así?

—¡Ya basta! —ordenó de nuevo Sam, y prosiguió—: Toma, carga tú también con algo. Así tendrás las manos ocupadas.

Le dio un pequeño cajón de aluminio, herméticamente cerrado y dirigieron los pasos hacia la esfera; antes dieron una última ojeada a la casa. Momentos después la nave ascendía suavemente en vertical hasta una altura considerable. A continuación avanzó en línea recta alcanzando en pocos segundos los cien mil kilómetros a la hora. Joel vigilaba a los dos mientras Sam estaba al cuidado de los controles. Accionó una clavija y el aire de la esfera se renovó haciendo más respirable la atmósfera.

—¿Te convences ahora de lo acertado de mi plan? —dijo Sam conectando el piloto electrónico y dejando la nave sola. Luego fue hacia Sergio y se sentó a su lado—. Nadie podrá estorbar mis propósitos; te lo aseguro.

Sergio no le escuchaba.

—Veo que no me escuchas. Está bien… lo harás más adelante. En esta habitación está tu mujer.

Sergio se levantó impulsivo e irrumpió en la estancia.

—¡Elsa, cariño!

—¡Sergio… Sergio! —repitió echándose a sus brazos. Él la estrechó con fuerza y la besó repetidas veces.

—¿Adónde nos llevan?

—Nos dirigimos a la Tierra. Allá no descansarán hasta obtener la ficha y cuando la tengan creo que nos dejarán en libertad. Eso oí no hace mucho. ¿Cuándo llegaremos? —preguntó luego.

—En unas horas. Les conviene hacerlo cuanto antes y acelerarán los motores.

Mientras, Sam y Joel (principalmente Joel) opinaban acerca del destino de los dos pasajeros.

—No conviene cargar con ningún delito —opinaba Sam—. Mientras Sergio esté ocupado en localizar la ficha, Elsa estará con nosotros.

—¿Y cuando tengamos lo que buscamos?

—He pensado en eso. Sergio no nos estorbará mientras tengamos a ella de rehén. Cuando hayamos hecho el «cambio» ya no les necesitaremos.

Sam hizo una ligera pausa y prosiguió:

—Luego entrará en juego la nave y jamás lograrán darnos alcance; luego…, él tampoco podrá hacernos daño alguno. En otro mundo seremos poderosos… ¡Muy poderosos!

La esfera, protegida en su exterior por una barrera invisible de malla metálica, acusaba en proporciones ínfimas la enorme velocidad y nada hacía notar en su interior los cincuenta mil kilómetros por segundo en que se deslizaba a través de la enrarecida atmósfera.

A medida que ganaban distancia la temperatura ascendía considerablemente. La enorme fricción que ejercía el aire sobre la nave hacía elevar los controles del calor hasta los mil grados centígrados en el exterior; pero Sam estaba tranquilo puesto que sabía la fantástica velocidad que la esfera había alcanzado en Marte, en el período de prueba y no se preocupó en absoluto. Extendió un mapa y señaló un punto determinado marcado de antemano por él.

—Aquí tomaremos tierra y nos alojaremos en este hotel como unos turistas más. No creo encontrar a nadie que me conozca; quiero pasar desapercibido.

—Es evidente que ellos —opinó Joel, indicando con el pulgar la habitación en la que se encontraban Sergio y Elsa— pueden tener amigos. No es un lugar demasiado alejado de su antiguo domicilio y quizá les conozca alguien.

—No te preocupes por esto. Nadie dudará de la palabra de él y nosotros nos encargaremos de enseñarle lo que ha de decir si le preguntan.

Mientras hablaban, la esfera seguía con velocidad vertiginosa su rumbo hacia la Tierra, que aparecía ya en la lejanía flotando, por decirlo gráficamente, en el inmenso vacío cósmico, o semivacío universal.

De un momento a otro iban a entrar en el campo gravitatorio terrestre y la nave disminuyó su marcha.

Elsa y Sergio observaban por una mirilla de gruesos cristales el planeta que les vio nacer y un tanto de nerviosismo se apoderó de ellos. Hacía unos cinco años que partieron de él hacía el rojo y frío planeta Marte.

—¡Qué raro que no notemos el movimiento en la Tierra! —exclamó ella, olvidando en aquel momento el trance en que se hallaban.

Sergio respiró al comprobar que el estado de Elsa era propicio para mantener un corto diálogo y distraer así su atención, alejando de su mente cualquier idea que torturase sus sentimientos.

—Muchas veces he oído esta exclamación; un sí o un no de asombro, en labios de personas que todavía en nuestro siglo dudan del rápido movimiento de nuestro globo en torno del Sol y aunque no es ninguna teoría nueva acaso deberíamos asombrarnos nosotros mismo (y me refiero a los que tenemos una idea más o menos de lo que es el Universo en sí) al recordar que, en efecto, nuestro planeta, y con él todo lo que hay sobre su superficie, mares y montañas, árboles y seres vivos, no solamente gira en un solo día sobre su eje geométrico, sino que cada segundo que pasa recorre en el espacio, siguiendo una prolongada órbita anual alrededor del Sol, casi treinta kilómetros.

Elsa le miraba, sin poderlo disimular, con ojos de una mujer que ha dado todo por el ser a quien ama.

Sergio continuó su relato:

—Viajamos, por tanto, a unos treinta kilómetros por segundo en torno al luminar del día, mientras vamos girando imperceptiblemente sobre nosotros mismos, para encontrarnos de nuevo, transcurridas veintitrés horas, cincuenta y seis minutos y cuatro segundos, para mayor exactitud, en la misma posición ideal

que ocupábamos el día anterior.

Elsa ignoraba por completo muchas cosas de la astronomía, como la mayoría de gente, e insistió en aquel momento propicio para averiguar algo que no comprendía.

—¿Y cómo no vemos ese rápido movimiento?

Sergio sonrió y la besó en la frente.

—Escucha: comprenderás con facilidad que, dado lo insignificante que es el hombre en comparación con el volumen de la esfera terrestre, estos velocísimos recorridos nos pasen inadvertidos.

»La Luna, por ejemplo, situada a trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros de distancia de la Tierra, se traslada a nuestro alrededor a un kilómetro por segundo, poco más o menos.

»¿Quién es capaz de afirmar que ve realmente, con su propia vista, este movimiento mil veces demostrado por el cálculo matemático? Lo mismo sucede en la Luna, y tú misma lo has podido comprobar, que no puedes decir que has visto el rápido movimiento de la Tierra. ¿Y sabes por qué?

Elsa se encogió de hombros.

—Porque se trata de cuerpos enormes, comparados con el corto espacio que recorren en un segundo. ¿Qué es, para decirlo con el exacto lenguaje aritmético, un kilómetro por segundo para un cuerpo que, como la Luna, tiene un diámetro de tres mil cuatrocientos kilómetros? ¿Qué son treinta kilómetros de diámetro?

»Aparece claro que no podamos advertir los que vivimos en la superficie de este planeta su desplazamiento desde allí.

»Para descubrirlo fue preciso, hace ya varios siglos, observar los cambios de posición que ofrecía el Sol, en el recurso del tiempo…

En la puerta sonaron unos golpes y Sergio calló.

—Espera —dijo luego—. Veremos qué es lo que quieren.

Abrió despacio y esperó a que Joel dijese algo.

—Podéis salir. Dentro de poco llegaremos.

Minutos después la esfera tomaba tierra en un lugar apartado de la ciudad y sus ocupantes se disponían a salir.

—Tu esposa se quedará aquí —habló Sam—. Es el único modo de poder actuar con tranquilidad. Nada tienes que temer si haces lo que yo te diga.

—Y usted, señora —insinuó con sorna Joel—, compórtese bien.

Si curiosea en los mandos de la nave quizá tengamos que sacarla de aquí carbonizada.

—No toques nada, Elsa —replicó Sergio—; han conectado un sistema eléctrico en toda la esfera. Es un truco ya viejo, pero hace imposible manejarla estando puesto ese dispositivo, por el riesgo de perder la vida quien lo intentase.

—Es simple precaución —añadió Joel.

Pisaron tierra firme y respiraron con satisfacción. La atmósfera terrestre era ideal, acostumbrados a los trajes antitérmicos.

—¡Ah! —exclamó Joel—. ¡Esto es respirar, Sam!

—Desde luego. Parece que me hayan quitado unos años de encima.

—¿Dónde vamos? —preguntó Sergio.

—No te impacientes; pronto lo sabrás.

La nave había quedado entre un espeso follaje de flores y quedaba oculta a la vista. Andaron varias manzanas y se detuvieron frente a un edificio de aspecto sencillo, emplazado en una de las calles poco concurridas.

Entraron y momentos después se instalaban los tres en una misma habitación. Era grande y los ventanales daban a la calle, donde la vista alcanzaba, a lo lejos, una parte considerable de la ciudad.

Sam no perdió el tiempo y empezó a trabajar con rapidez.

—Nuestro primer objetivo es averiguar quién es el que está al cuidado del fichero automático… Luego será fácil.

—No es necesario averiguarlo —objetó Sergio—; lo sé. Es el Profesor Enric Burton.

—Pero quizá, tras tanto tiempo, haya otro —opinó Joel.

—No hay otro. En estos últimos meses hemos tenido contacto.

Sam puso sobre la mesa un pequeño cajón metálico que Sergio reconoció. Sacó un aparato televisor electrónico y comunicó con la esfera. Elsa se reflejó en la pantalla.

—Mira —dijo, encarando la pantalla a Sergio—. Una simple conexión y la esfera en la que está tu esposa saltaría en mil pedazos. Creo que aunque vayas solo comprenderás que intentar sacarla de ahí sería una torpeza y menos aún avisar a la policía.

—Juegas con demasiada ventaja y puedes estar tranquilo. Haré lo que me digas, pero si tocáis un solo cabello de Elsa…

—Acabas de decir que harás cuanto te pida, luego… no tienes por qué preocuparte. Te doy mi palabra. Y ahora bien —inquirió, mientras se servía algo de beber—, sabiendo quién está al corriente del control la cosa se simplifica.

—No va a ser fácil entrar en el edificio —objetó Sergio—. Se necesita un pase para hacerlo y nosotros carecemos de él…

—Escucha: no va a ser eso lo que nos impida llevar a cabo nuestro plan; entrarás como sea… Aunque para ello tengas que emplear la violencia.

—¿La violencia? —sonrió Sergio—. ¿Crees que conseguiríamos entrar haciendo cundir la alarma? No seas pesimista, Sam; lo echaríamos todo a perder y la culpa no sería mía en absoluto.

Sergio encendió un cigarrillo y prosiguió:

—¿Y luego? Luego vendrían las preguntas a cuyas respuestas una negativa sería un error. No olvides que emplean cerebros electrónicos para el interrogatorio y que es inútil mentir sin levantar sospechas.

—Es decir —interrumpió Joel, que había estado escuchando todo el rato—, primero tenemos que proveernos del pase…

—Así es.

—¿Quién los facilita?

—Burton podría hacerse con uno si yo se lo dijera…, con uno tan sólo —recalcó Sergio.

—¿Figura el nombre en el pase?

—No.

—Creo tener la solución —continuó Joel—. Ese tal Burton no pondrá reparos en proporcionarte otro para tu mujer y entonces…

—Estás en un error —le interrumpió Sergio—. Llevándolo yo, mi esposa tiene acceso sin necesidad de presentar ningún otro papel. Burton sospecharía si se lo pidiera.

—Estás en todo, ¿eh? Admito el error.

—¿Cuándo empezamos? —sugirió Sergio—. El plan está ya en marcha y la ficha puede salir de un momento a otro.

Se dirigió al teléfono y marcó un número. Joel miró a su colega, que asintió con la cabeza.

—Con el departamento de fichas —solicitó Sergio.

Esperó unos segundos y del otro lado contestó una voz femenina.

—¿Con quién desea hablar?
—Con el profesor Enric Burton.
Volvió a esperar y al poco rato se ponía al aparato.
—¿Recuerdas a Sergio, Enric?

CAPÍTULO IV



incluso Sam, que se encontraba apartado, oyó gritar el nombre de Sergio. Después de concertada una entrevista, colgó.

—Tienes más amistad de lo que suponía —observó Sam—. Esto marcha bien… Y ahora —prosiguió—, puedes empezar tu tarea.

Joel le acompañó. Antes de llegar a la entrada principal se separó de él.

—¡Cuidado con lo que haces!

Uno de los policías que vigilaban la puerta le interrogó.

—Me ha citado el profesor Burton.

Éste había dado las señas de Sergio para que se identificara e incluso había dejado una foto para que pudiesen reconocerlo.

—Pase —exclamó el agente dándole la foto.

Preguntó al conserje y éste le indicó el ascensor que tenía que coger. En el enorme vestíbulo, Sergio contó unos treinta ascensores que subían y bajaban veloces, transportando hasta doscientas

personas. El edificio se perdía casi, en altura, del alcance de la vista y asemejaba una columna en el interior de la cual se habían colocado trescientos pisos, enteramente metálicos.

Sergio dio el nombre del profesor y el ascensor subió vertiginoso hasta la planta doscientos veintiocho. Aquel elevador era particular y sólo lo utilizaban los de aquel piso.

—Sala de fichas, señor —exclamó el joven botones.

Sergio salió y la puerta volvió a cerrarse a su espalda. La estancia era clarísima y su temperatura agradable. Cruzó un pasillo y se encontró en una antesala; un rótulo le hizo ver cuál era la sala del fichero. Oprimió un pulsador e instantes después un débil chasquido dejaba la puerta abierta. Entró y su primera ojeada fue al cerebro electrónico que debería suministrarle aquella costosa aclaración, de unos datos que alguien emplearía para fines poco limpios.

Burton apareció por el marco de una puerta y corrió a saludar a su antiguo amigo. Sergio hizo lo propio.

—¿Cómo va, Enric?

—Bien, pero nunca como cuando estabas tú aquí —respondió Enric con sencillez.

—Veo que desde que marché se han hecho aquí muchos cambios.

—Ampliamos nuestros instrumentos, Sergio. Es necesario para estas épocas en que la gente tiende mucho más a dedicarse a los viajes por las rutas del espacio y día a día, el número de naves portadoras de metales valiosos de otros planetas, se incrementa de un modo extraordinario.

—¿Tenéis noticias de la astronave de Saturno? —preguntó Sergio, como no dando importancia.

—Hemos recibido algunas señales y eso indica que pronto tendremos la ficha.

—¿Salen por el mismo sistema?

—Sí, pero algo ha cambiado. Ya sabes que antes la ficha aparecía sola, sin protección…

—Se podía leer en el acto… —infirió Sergio.

—Eso es, pero ahora el alto mando ha inventado la manera de que sea imposible leerla.

—No confían en nadie, ¿eh?

—Tienen motivo para hacerlo. En lo que llevamos de año, ha sido averiguado dos veces el lugar de aterrizaje, con las consiguientes contrariedades. Este año se han efectuado más envíos que de costumbre.

—¿Estabas tú al cuidado del fichero?

—No, afortunadamente y gracias a eso estoy ahora aquí. Los que intentaron el asalto están en lugar seguro y tardarán unos años en cometer ninguna fechoría.

—¿De qué forma están protegidas ahora?

—Salen dentro de una caja de acero con un mecanismo electrónico que sólo puede abrir una persona: el coronel Star.

—¿Qué ocurriría si se intentara forzarla? —insinuó Sergio con una sonrisa.

—Tal vez se lograría abrir, pero el hecho no pasaría desapercibido al coronel.

—No entiendo —replicó Sergio—. ¿Cómo se iba a enterar si se hiciera la operación en el momento de salir la caja?

—Escucha: la llave que emplea Star no es tal llave sino que es un pequeño aparato con dos pulsadores y con células fotoeléctricas y electrónicas. Coloca la caja a un metro aproximadamente de… digamos la llave y oprime uno de los botones. La pequeña caja se abre y después de leer los datos invierte la operación y vuelve a cerrarla con el papel dentro, como es natural. Si, por ejemplo, yo tratase de forzarla y la abriese, automáticamente el «Detector llave» del coronel entraría en funcionamiento haciendo sonar un timbre de alarma, colocado en el interior del llavero.

—Piensan en todo, ¿eh? En la práctica es imposible enterarse de su contenido.

Enric cambió de tema y Sergio no insistió más en la cuestión.

—¿Piensas quedarte aquí? ¿Qué te ha traído a la Tierra?

—Quizá la nostalgia. Después de todo, éste es mi planeta natal. Por otra parte siempre se acuerda uno de los buenos amigos —comentó Sergio, dando unos ligeros golpes a la espalda de Enric.

—¿Tienes alojamiento?

—Sí. Nos hemos quedado en el hotel Sands.

—¿Amigos?

—Trabajamos juntos en Marte.

—¿Cómo está aquello? —preguntóle Enric con cierto interés—.

Hace siglos que no salgo para nada. De aquí a casa, y así todos los días…; nada puedo contarte que no sea referente a esto.

—Marte es fantástico —aseguró Sergio—. Aun con su temperatura lo es.

Siguió hablando durante algunos minutos y miró su reloj.

—¿Te esperan?

—Queremos dar unas vueltas por ahí.

—Me agradaría que presenciaras el momento en que salga la ficha. ¿Podrás venir? —insistió.

—¿Quién sabe cuándo saldrá la ficha?

—Se sabe dos horas antes, por un sistema que ya te explicaré.

—Vendré, pero si no estás tú…

Enric cortó la duda.

—Suponiendo que no esté en aquel momento, soy el único que conoce el mecanismo, claro está aparte del alto mando, y me avisan cada cierto tiempo para que compruebe con ellos. Toma esta tarjeta. Podrás pasar por la puerta principal sin ningún contratiempo.

—Vendré por la mañana —opinó Sergio.

—De acuerdo.

Salió y se dirigió al ascensor. Llamó y esperó unos instantes; mientras encendió un cigarrillo y dio una ojeada a la estancia. La puerta del elevador corrió hacia un lado y entró.

—¿Piso? —le preguntaron.

—Planta.

El botones le miró e hizo una pregunta. Antes vaciló un instante.

—Perdone, señor. ¿Es usted nuevo aquí?

No era correcto para un ascensorista molestar a nadie dentro del ascensor, pero Sergio lo miró y sonrió a aquel muchacho de unos quince años. Su edad era la propia para no caer en la cuestión.

—No trabajo aquí. Soy amigo del profesor Burton.

—¿Del profesor Burton? ¡Menuda suerte! —exclamó, haciendo un característico movimiento con la mano.

—¿Suerte? ¿Qué quieres decir?

—Verá, señor: todos sabemos que el profesor Burton sabe cuándo van a llegar las naves de otros planetas y eso nos gustaría mucho a nosotros, los botones, saberlo también. Sería maravilloso presenciar el momento ése. ¿Usted lo sabe, señor?

Sergio volvió a sonreír y pensó que de saber la respuesta todo se

habría solucionado. Pensó también en la sinceridad del joven botones y respondió:

—No, no lo sé. Ni siquiera el profesor lo sabe…

—¡Oh! Sí. Él, sí lo sabe… Muchas veces he oído alguna conversación —continuó después de una ligera pausa.

A pesar de su corta edad quedó cortado al observar que había cometido otra incorrección y se apresuró a rectificar.

—Bueno… aunque no quieras te enteras de muchas cosas…

—¿Qué has oído? —preguntóle Sergio con un tono que pareciese importarle poco el asunto.

—Verá, señor, no podemos hacer comentarios de nada…

—Te prometo no decir absolutamente nada a nadie. ¿De acuerdo? Toma.

Sergio le hizo coger unas monedas e insistió en aquella cuestión que, por casualidad, quizá le condujera a la verdad.

—Y ahora dime. ¿Estás seguro que el profesor Burton sabe cuándo y dónde toman tierra las naves?

—Sí, señor. Ayer, mientras bajaban en este mismo ascensor él y el coronel Star, oí que el coronel le decía algo así como que al abrir la caja tuviese cuidado de que no hubiese nadie delante y volvió a repetir: ¡Nadie!, como si estuviera enfadado.

—Gracias, muchacho. Toma.

—¡Oh! ¡No! Gracias, señor.

Sergio insistió y el botones adelantó la mano sin pensarlo más.

—¡Muchas gracias, señor!

Llegaron a la planta y se apresuró a franquear la puerta.

—Gracias, señor —volvió a repetir.

Al salir se encontró con Joel.

—¿Qué averiguaste?

—De momento nada. En una sola vez no se pueden averiguar demasiadas cosas sin levantar sospechas.

—Pero…, algo habréis hablado —insistió Joel.

—Sí. Después de cinco años son muchas las cosas de las que se puede hablar.

Entraron al hotel y nada hablaron hasta llegar a su habitación.

—¡Vamos! —exclamó Sam con impaciencia—. ¿Qué sacaste en limpio?

—Quiero ver a Elsa, Luego hablaré —contestó Sergio sin dar

ninguna aclaración.

—Está bien, tú ganas.

La nave se reflejó en la pantalla; la imagen fue acercándose y apareció el interior como si en realidad hubiera traspasado sus paredes. Elsa permanecía allí, sentada al lado de los controles, leyendo. Un débil chasquido sonó en el aparato y Elsa miró hacia arriba, donde estaba instalado el altavoz; luego fijó la mirada en la pantalla del cuadro de mandos.

—¡Sergio!

—¡Hola, cariño! ¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—No ha ocurrido nada. He visitado a Enric.

—¿Le dijiste que estoy aquí?

—No ha habido ocasión. Cuando vuelva se lo diré.

Sam y Joel se miraron.

El diálogo duró unos minutos más; luego Sam cortó y la pantalla se oscureció lentamente hasta recobrar su color grisáceo.

—¡Te dije que tu esposa se quedó en Marte! —gritó Sam.

—No seas estúpido. ¿Pretendes que mi amigo crea que en un viaje tan largo me dejé a mi mujer?

—Quizá tenga razón —opinó Joel—. No se lo hubiese creído y menos aún haciendo tantos años que no han estado en la Tierra.

—Ya hablaremos sobre esa cuestión —cortó Sam; luego formó un rectángulo con las manos y al mismo tiempo preguntaba—: ¿Qué probabilidades hay de hacernos con la ficha?

—De momento, ninguna. Escucha.

CAPÍTULO V



ergio explicó todo cuanto había hablado con Enric.

—No es muy alentador que digamos, ¿eh, Joel? —replicó malhumorado Sam y agregó—: ¿Cuándo volverás?

—Por la mañana.

—¿Y si te mintió?

—¿Por qué iba a hacerlo? Es mi amigo…

—Los secretos militares no tienen amigos y eso deberías saberlo.

—Puede que mintiera, pero, ante la duda, hay que creer que ha dicho la verdad.

—Está bien —continuó Sam—, pero mañana quiero respuestas más concretas. No quiero fallar.

Joel vertía por enésima vez en su vaso unos centímetros de líquido, que engullía de un solo trago.

—Deja ya de beber —increpó Sam.

—Es un simple sorbo.

—¿Un simple sorbo?… —sonrió Sam—. Tendrás todos los sorbos que quieras cuando liquidemos este asunto; te lo prometo.

La mañana siguiente amaneció clara y soleada y ya, en aquella hora en que el Sol apenas saca sus brillantes cabellos por el horizonte, las calles ofrecían un panorama en verdad asombroso. Las grandes y veloces naves colgantes que pasaban por encima de la ciudad, los taxi-helicópteros, naves-buses para pasajeros, auto-naves y toda clase de vehículos, transitaban ya desde altas horas de la madrugada.

Sergio miraba desde la ventana mientras se arreglaba. Antes de marchar comunicó con Elsa. En el vestíbulo había bastante animación; lo cruzaron y salieron. Un botones se apresuró a buscarles un
auto-nave.

—Cojámoslo —opinó Joel.

En un lado del coche figuraba el nombre del hotel. En unos segundos llegaron y sólo Sergio se apeó del vehículo.

—¿Dentro de una hora? —pidió Joel.

—Sí.

Antes que se lo pidieran mostró el pase.

—¿Sergio Miranda?

—Sí.

—Bien, pase.

Se dirigió al ascensor y el mismo botones del día anterior le saludó efusivamente.

—¡Buenos días, señor!

—¡Hola, muchacho! ¿Tiene algo que contarme? —insinuó Sergio, ante la indecisión del ascensorista. Luego agregó—: ¿Cómo te llamas?

—Lino, señor.

—Bien, Lino, ¿no me cuentas nada?

—Es que… —vaciló— sólo pude anotar esto.

Lino le mostró un papel en el que había escrito con letra casi ilegible algo que llamó poderosamente la atención de Sergio.

—¿Puede entenderlo, señor? Es que tuve que hacerlo muy aprisa.

—¿Quieres ayudarme? —dijo Sergio con una sonrisa, sacando un pequeño bloc. Lino se apresuró a darle un lápiz.

—Aquí pone día 11, zona 17 y aquí Noroeste.

—Zona 17, Noroeste —repitió Sergio—. ¿Y esto?

—Yo sólo entendí algo así como «dueño» o alguna palabra parecida y luego también «sonas». ¿Hay alguna palabra que se parezca a «dueño», señor?

—Quizás oíste amo o tal vez ama.

—¡Eso es! —gritó sin darse cuenta—. Perdone, señor; no me di cuenta. Eso es lo que dijo el coronel al profesor Burton… Amo y luego sonas.

Sergio trató de coordinar aquel juego de palabras.

—¿No entendiste mal? Tal vez dijeron Ama… zonas —pronunció entrecortada la frase para hacerle recordar a Lino, quizá la clave de aquello.

—Tal vez, señor, pero no se lo puedo asegurar. ¿Le sirve de algo todo esto?

—Escucha, Lino; si me prometes no decir nada a nadie de lo que hemos hablado te compraré el regalo que tú más prefieras. ¿Prometido?

—Se lo prometo, señor.

Sergio guardó el papel en el que Lino había anotado parte de la conversación con Star… Quizá la parte más valiosa de la conversación.

—¿Llegamos al 228?

—Ya estamos, señor.

—Te prometo traerte el regalo mañana. Toma —agregó cogiendo unas monedas que Lino se apresuró a guardárselas.

—Gracias, señor.

—Adiós, Lino; hasta luego.

Después de salir, Sergio observó los apuntes y quedó pensativo. Día 11, Noroeste, zona 17 y sin duda alguna en el vasto territorio del Amazonas.

¿Cómo saber el lugar exacto en una extensión de siete millones de kilómetros cuadrados?

Lógicamente habría en la sala de fichas un mapa en el que estarían trazados con minuciosidad todos los datos en cuanto al Amazonas se refería… Siguió andando y se detuvo delante de la puerta. Estaba entreabierta y asomó la cabeza; no había nadie dentro, pero en la sala contigua se oían voces. Entró y cerró la

puerta con suavidad; anduvo con sigilo unos pasos y se escondió tras una estantería, cerca del apartamento de donde procedía la conversación. Aguzando el oído aún pudo oír las últimas palabras.

—Hace ya un día que salió la ficha. Dos días más y tendremos el cargamento.

—Toma la caja. Guárdala donde siempre… Hasta mañana, Enric.

—Hasta mañana, coronel.

Star pasó por delante de Sergio y éste contuvo la respiración. Momentos después salía y Sergio respiraba tranquilo al comprobar que el fallo que había tenido le había resultado sin importancia.

Tal vez el mismo coronel dejó la puerta entreabierta, pero al salir no se percató de ello. De ser así, Sergio se habría encontrado en un aprieto.

Enric salió a la sala y apagó algunas luces; luego se dirigió otra vez al fichero. A su lado había una gran pantalla y se iluminó. En un marco rectangular de unos dos metros y medio quedó enfocado el territorio amazónico, dividido en infinidad de sectores. Con el dedo, Enric señaló uno de ellos y Sergio aguzó la vista para averiguar el número. ¡Era el 17! Ya tenía la solución…; sólo restaba hacer una cosa y puso su plan en marcha.

Retrocedió hacia la puerta y salió fuera. Volvió a abrirla después de cerrarla con sumo cuidado y llamó con el dorso de la mano, golpeando el cristal.

La voz de Enric sonó algo lejana:

—¿Quién es?

—¡Soy Sergio, Enric! —exclamó pasando.

—Pasa.

—¿Estás proyectándote algún film? —bromeó Sergio y prosiguió —: Esto parece la selva del Amazonas.

Enric quedó algo entrecortado y se apresuró a desconectar la imagen.

—Lo es. Estamos investigando acerca de algunos hallazgos espeleológicos.

—No sabía que te interesabas por esto…

—¡Oh! No…, no soy yo quien dirige las operaciones sino el coronel. El día once nos trasladaremos allí —continuó, rectificando luego—: Bueno, o tal vez el doce. No se sabe con seguridad…

Aquel titubeo no pasó desapercibido a Sergio, pues confirmaba

la anotación hecha por el pequeño Lino.

—¿Sabes algo del regreso de la nave?

—Todavía no. Creo que no tardaremos en tener noticias. ¿Quieres algo de beber?

Enric se dirigió hacia un armario y sacó dos vasos y una botella.

—¿Coñac? ¿Cerveza?

—Coñac. Llevo siglos sin probarlo.

Sergio observó el pequeño bar y miró a Enric de reojo.

—Tienes un buen surtido de licores…

—Procuro que no me falten. La mayoría son exportados y resultan a muy buen precio. Por otra parte, siempre me gustó el coñac…, creo que levanta el ánimo, ¿no te parece?

Sergio no ataba cabos cada vez que su antiguo compañero decía algo acerca de su vida.

—¿Cuántos años llevas en este servicio? —preguntóle.

—Unos seis —contestó, dándole uno de los vasos—. Brindemos por tu regreso a la Tierra.

Sergio se humedeció apenas los labios. El modo de comportarse de Enric le hizo dudar hasta de su personalidad. Era el mismo cuerpo, pero parecía que su mente hubiese sido transplantada.

El tele-teléfono sonó. Enric descolgó el aparato y al instante un círculo de luz blanca y difusa, de siete pulgadas de diámetros, circundó el micro. La imagen del coronel tomó forma en él. Hablaron unos segundos y colgó el aparato.

—¡Vaya! —exclamó con gesto malhumorado—, es el coronel. Quiere que revise todos los envíos de estos últimos tres meses. ¿Para qué los querrá? En lo que llevamos de semana me los ha pedido ya dos veces.

Sergio sonrió.

—Vas a tener trabajo. Mejor será que me vaya.

—Siento no poder atenderte, pero aquí siempre tiene uno quehacer.

—No tiene importancia; mañana volveré. También yo tengo ocupaciones.

Sergio cerró la puerta y pensó… pensó en varias cosas: Enric dijo que hacía seis años que trabajaba en el fichero, cuando en realidad eran como mínimo diez. ¿Cómo se podía descontar cuatro o cinco años?

Otra razón más convincente de que mentía era lo que dijo acerca de la bebida. El hecho de que en la actualidad bebiese no era suficiente para sospechar, pero Enric jamás había bebido y en esta ocasión había dicho que siempre le gustó el coñac.

Es decir: dos detalles que nadie, por olvidadizo que sea, suele olvidar… y también desconectó la pantalla. ¿Por qué? ¿Era el que estaba al cuidado de tan secreta misión Enric Burton? Una terrible sospecha iluminó por un segundo la mente de Sergio.

CAPÍTULO VI


am golpeó la puerta que daba acceso a la habitación contigua.

—¡Despertad ya! ¿Queréis estar durmiendo todo el día? —gritó.

Joel se desperezaba groseramente y alargaba la mano hacia un paquete de cigarrillos. Miró su reloj y se frotó varias veces los ojos.

—¡Son las siete, Sam!

—Vamos, levántate. Hoy habrá faena para todos.

Sergio apareció al poco rato y después de beber algo, dio su opinión acerca del comportamiento de su antiguo compañero, explicando con gran detalle cuanto había oído y hablado.

—Tenemos los datos que nos hacían falta, pero hay algo en Enric que me preocupa.

Sam interrumpió y dijo algo que dejó perplejos a los dos.

—¿Habéis oído hablar de los hombres comodines?

—No estarás bromeando, ¿verdad, Sam? —increpé Joel.

—No es broma. Escuchad: Estas extrañas criaturas proceden de

Sirio y es bastante difícil enfrentarse con ellos, no por sus cualidades físicas sino por la facilidad con que se transforman en el doble de cualquier individuo.

—¿Quieres decir que se adaptan a la personalidad de uno? —exclamó Sergio.

—Exacto. Se les llama, «Los seres convertibles de Sirio».

—Explícate —dijo Sergio; si eso es cierto se habrán aclarado muchas cosas, pero a la vez el caso será más complicado.

—Escuchad: no sabemos nadie si en realidad adoptan, caracterizándose, la personalidad de la persona que eligen o si duplican a aquella persona por mediación de alguna máquina no conocida, ni tan siquiera soñada por nosotros; pero el hecho es que, hace años, en Marte se cometió el robo más grande que registra la historia, en esas circunstancias y se tuvo la máxima precaución para que la noticia no se divulgase, ya que una noticia así hubiese hecho cundir el pánico en todo el planeta.

—¿Cómo supieron identificarlos? —preguntó Sergio.

—Detuvieron a uno de ellos, el cual era el doble del cajero.

—¿Lo tienen detenido?

—Está ya enterrado.

—¿Lo ejecutaron?

—No. El tiempo acabó con él. Por lo visto su transformación la efectúan por mediación de alguna droga; dos meses después lo hallaron tendido en el suelo de la prisión con el rostro desfigurado. Se le practicó un minucioso examen y el corazón lo tenía reducido a un simple pedazo de carbón.

—Qué extraño es todo esto, Sam —replicó Joel.

—No es eso todo. Aquel ser ficticio fue enterrado como cualquier persona normal y en el transcurso de un mes no quedó de él más que las ropas…, su cuerpo se desintegró totalmente como si en realidad hubiesen transcurrido cincuenta años o más. Creo que eso es suficiente para que nos demos una idea de con quién nos enfrentamos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sergio.

—¿Qué opinas tú? —contestó Sam.

—Lo más probable —infirió Sergio— es que Enric o el supuesto Enric se dirija, cuando termine su servicio, con los suyos. Lo que hemos de averiguar es el lugar donde tienen su cuartel general.

Esperémosle a la salida y sigámosle. Él mismo nos conducirá al sitio.

Elsa entró en aquel momento y Sam la observo unos instantes.

—Sé lo que piensas, Sam. Ya sé cómo averiguar si Enric no es tal. Haremos que Elsa se tropiece con él; si no la conoce el caso estará bien claro.

—Puede que en cinco años no la recuerde si es que el trato con ella fue bastante superficial —agregó Sam.

—Fue superficial, pero no es fácil que le pase desapercibida. Enric fue en aquellos tiempos su más constante admirador.

—¿Un competidor?

—Digámoslo así, pero perdió aquella «batalla».

—Voy a servir de conejo de indias, ¿no es eso? —exclamó Elsa.

—No hay peligro alguno, cariño. Sólo tienes que hacerte la distraída y darte de cara con él.

—He oído vuestra conversación y me cuesta hacerme a la idea que alguien sea idéntico a Enric… No sé si podré hacerlo…

—Tienes que hacerlo por el bien de nosotros…

—He hablado con el gerente del hotel esta mañana para que nos facilite un
auto-nave.

—Y ahora marchad…, pero no olvides nuestro pacto. Tu reputación a cambio de tu silencio. —Sam se refería a una carta escrita por él haciendo constar una pérdida en el juego por valor de todos sus bienes en Marte.

Naturalmente, una carta así no le convenía a Sergio que llegase a manos de la policía. Todo su prestigio lo perdería ante la gente que le conocía; su profesión se vería desmoronada si llegaba a oídos de sus alumnos que su profesor tenía antecedentes poco claros.

Su firma al pie daba conformidad a todo lo escrito por Sam. Eso a cambio de tener a Elsa a su lado sin el temor de que pudiese denunciarlo. Sam tenía un arma muy poderosa.

—En cuanto tenga el campo limpio, tú mismo podrás quemarla.

Minutos después un
auto-nave
se confundía entre los muchos allí aparcados frente al edificio del Gobierno. Sus ocupantes miraban en silencio a la entrada principal. Dos personas coincidirían en un mismo lugar y del resultado

dependería una solución rápida o un proceso largo y costoso que tendrían que resolver batallando de firme.

Pasaron varios minutos. Joel fumaba cigarrillo tras cigarrillo, mientras Sergio y Elsa se miraban de vez en cuando sin atreverse a pronunciar palabra, ante la mirada insistente y desconfiada de su acompañante.

Transcurrieron dos horas y su ánimo empezaba a inquietarse, cuando frente al coche apareció Enric con una cartera bajo el brazo.

Joel abrió la puerta y Elsa descendió del vehículo, encaminándose hacia él. Enric entró en un «*snack*-bar». De momento, Elsa quedó algo confusa sin saber qué hacer. Miró al auto-nave
y Sergio hizo un ademán para que entrase también. Lo hizo y se sentó a la barra, a unos dos metros de él. Éste la miró insinuante y le dedicó una sonrisa. Elsa agachó el rostro ante la penetrante mirada. ¡Enric no la conocía!

Dejó unas monedas sobre el mostrador y se dirigió hacia la salida. Elsa esperó un instante y salió.

—Sigámosle, Sergio; ése no es Enric…, él me hubiera reconocido aunque me tuviese de espaldas.

—¿Está seguro que la ha visto bien? —preguntó Joel.

—Incluso me ha sonreído de una manera…

Joel hizo un ademán de toser.

El coche avanzaba lentamente tras Enric, que caminaba tranquilo, ajeno a todo. De pronto miró el reloj y buscó un taxi.

—¡Tiene prisa! —exclamó Joel, observando que el vehículo se alejaba a toda velocidad.

—Pisa a fondo o lo perderemos.

Un semáforo les cortó el paso. El coche en que iba Enric lo había pasado, pero se detuvo en el siguiente.

—¡Vaya! ¡Dichosos discos!

Durante treinta minutos tuvieron que detenerse varias veces hasta que salieron de la ciudad. Poco después Enric bajaba del taxi y se encaminaba hacia una fila de auto-naves.

—Esto no me lo esperaba —dijo Sergio y prosiguió—: ¿Por qué no deja su coche en la ciudad? Coge el volante, Joel. Pasarás delante como otro cualquier que se dirija hacia allá. Luego volveremos a cambiar.

Joel le adelantó y los dos se agazaparon de manera que pasasen desapercibidos a Enric.

—Entiendo —sonrió—. Luego haremos otro cambió y no sospechará al ver tres personas.

—Exacto.

—Esperemos que no se fije en el coche.

Minutos después Enric pasaba junto a ellos. Joel aminoró algo la marcha y le dejó que se adelantase. Corrieron varios kilómetros y Sergio se puso al volante. El auto-nave de Enric se divisaba en la lejanía como un punto.

—Pisa a fondo o le perderemos. Nos lleva demasiada ventaja —objetó Joel.

Sergio pisó a fondo el acelerador y el coche inició una vertiginosa carrera. Aquel punto casi imperceptible se hacía cada vez mayor. Enric tomó un atajo a la derecha de su marcha. Minutos después el vehículo de Sergio lo hacía también siguiendo las huellas. Avanzaron unos dos kilómetros hacia el interior y detuvieron su carrera. El auto-nave de Enric no se veía por ninguna parte y era evidente que de allí no había pasado. Estaban a un centenar de metros del mar y las huellas se dirigían a él.

—Lo hemos perdido —exclamó Joel.

—Es imposible. Mira las huellas.

—Espera —prosiguió.

Separada unos diez metros de tierra firme había una pequeña isla con una densa vegetación.

—¿Crees probable que su coche esté allá?

—Han podido emplear una pasarela —opinó Joel.

—No cabe otra explicación —interpuso Sergio—, y sólo hay un modo de averiguarlo… No creo que tenga demasiada profundidad por este lado.

Momentos después regresaba con algo más interesante e inaudito que el hallazgo de unas huellas.

CAPÍTULO VII



s muy extraño todo esto —exclamó Sergio algo confuso—. Las huellas continúan, pero a unos metros ya no siguen. Parece que se lo haya tragado la tierra. Voy a recorrer una parte de la isla. Si dentro de una hora no estoy aquí, no esperéis… marchad rápidamente.

—¡No vayas, Sergio! Quizá sea una trampa —opinó Elsa.

—He de hacerlo. Si son los seres de que me habló Sam lo sabréis en una hora; si no lo son tendremos que hallar la solución de la desaparición de Enric.

—¿Y si te detienen? —opinó Joel.

—No lo harán a menos que quieran que su identidad quede al descubierto. Faltan sólo tres días para la llegada de la espacio-nave de Saturno y aquí radica el interés de pasar desapercibidos. No obstante, pueden detenerme; si es así comunicad a Sam todo cuanto habéis presenciado. Si logró entenderme con ellos sacaré al verdadero Enric de aquí, aunque para ello tenga que desechar Sam

la idea de apoderarse del cargamento.

—Sam no estará de acuerdo con eso —dijo Joel.

—Lo sé, como también sé el riesgo que corro si intento trabajar por mi cuenta.

Momentos después Sergio desaparecía por entre la espesura de la fauna vegetal de la isla. Siguió avanzando sin hallar señal alguna de vida, hasta encontrarse en el mismo corazón de la isla. Había transcurrido ya la mitad del tiempo acordado y volviendo sobre sus pasos emplearía la otra mitad. Si seguían unos minutos más Elsa y Joel se darían por entendidos y marcharían. Tenía que regresar a tiempo, pero algo le impedía retroceder… la obsesión de encontrar algún resquicio que pudiera darle la clave de aquel enigma. Tenía que consumir hasta el último segundo.

Encaminóse hacia el punto de partida y de pronto notó como si mil ojos estuvieran observando sus movimientos. Ni una sola hoja se movía; el silencio absoluto rodeó a Sergio, que contuvo la respiración unos segundos esperando oír de un momento a otro algo que le diese vida a aquella naturaleza muerta. A su alrededor y a unos metros de su cabeza, una multitud de pájaros silvestres le miraban inmóviles, como si viesen en aquel ser distinto a ellos el presagio de un fin inminente.

Un débil sonido que Sergio catalogó como señales de Morse rompió el silencio. A continuación otro de igual clase… y otro… En un momento Sergio quedó como paralizado sin saber dónde mirar. Los pájaros que segundos antes parecían de piedra empezaron a cobrar vida; estaban emitiendo señales; las señales que reconociera él como Morse. ¡Era increíble!

Sergio trató de salir de aquel círculo de aves mecánicas, pero lo hizo demasiado tarde. Cuatro de aquellos diminutos robots se le adelantaron en un rápido vuelo y otros cuatro se quedaron detrás; otra señal y entre ellos se estableció un circuito que cogió en medio a Sergio. Éste, sin pronunciar palabra alguna, cayó al suelo como fulminado.

Mientras, Joel y Elsa empezaban a inquietarse.

—Faltan diez minutos. Aún puede regresar —repuso él.

El tiempo fijado por Sergio había transcurrido ya y las esperanzas de ambos se desvanecieron. Joel puso el motor en marcha.

—Vamos, nada podemos hacer por ahora…

—¡Tengo que saber qué le ha sucedido! —exclamó Elsa.

—Recuerde lo que dijo…

—¡No puedo marchar! ¡No puedo! —insistió, corriendo hacia el agua.

—¡Venga! ¡Nada conseguirá! ¡Vuelva aquí!…

La obsesión de salvar a Sergio impidió que le oyese. Joel corrió en su busca.

—¡Espere! ¡No vaya! —gritaba, sorteando una y otra vez las punzantes brancas que le cerraban el paso.

Un segundo antes que Elsa tocase el agua le dio alcance.

—¡Deténgase! No podemos arriesgarnos también nosotros. ¿No lo comprende? ¿Quién sabría nuestro paradero si nos cogen también?

—¡Suélteme! —gritaba Elsa, tratando por todos los medios de deshacerse de él—. ¡Me hace daño!

—Vamos, sea sensata. Si no hacemos lo que nos dijo su marido nadie nos podrá ayudar después.

—¡Sergio está en peligro!

—¡Cállese y escuche!… ¡Cállese! —gritó Joel para hacerla volver en sí.

Elsa se sosegó un poco ante el gesto frío de Joel.

—Igual que a él nos cogerían a nosotros. El único medio que tiene de salir de ahí somos usted y yo. Si fallamos las posibilidades serán muy remotas. Debemos alejarnos de este lugar cuanto antes y avisar a Sam.

Elsa trató de coordinar sus ideas y asintió con la cabeza.

—Perdone; por un momento perdí el dominio de mí misma.

Mientras, Sergio empezaba a recobrarse, pero algo le sujetaba; algo que no le dejaba mover ni un solo músculo. Miró a su alrededor y comprobó con estupor que estaba suspendido en el aire mientras avanzaba, a cincuenta centímetros del suelo, por un largo pasillo semioscuro. Una puerta corrió hacia un lado y un maravilloso jardín apareció ante su vista. Sin saber cómo se encontró de pie y caminó hacia el interior.

—¡Bien venido a la isla de Tulio, extranjero!

Sergio volvió la cabeza. A su derecha, tendido en un gran sofá estaba el dueño y señor de la isla flotante de Sirio. A su alrededor

varias mujeres ataviadas con raros vestidos le servían, incansables, frutas de todas clases, que Tulio iba devorando.

—Acércate —exclamó sin dejar de masticar—. ¿Cómo te llamas?

—¿Importa eso ahora?

—Tienes razón. ¿Qué importancia tiene un nombre? Pero…, el mío sí la tiene. Me llamo Tulio.

Al pronunciar su nombre soltó una carcajada, imitándole todas las mujeres. Luego quedó como pensativo y prosiguió:

—No debes olvidar ese nombre. Yo construí esta isla y todo lo que en ella hay. Esta pequeña ciudad está debajo de donde tú has venido. Es imposible que nos descubran y yo no tengo necesidad de pensar, puesto que hay un cerebro mecánico que lo hace por mí. Si entramos en una zona glacial el cerebro se encarga de transformar este pedazo de tierra flotante en un corpulento témpano de hielo; más allá es selva y tal vez en otro lugar sea una pradera o un desfiladero… quién sabe… Nadie puede sospechar de nuestra existencia.

—Nadie excepto yo —insinuó Sergio.

—¿Tú? ¿Qué puedes hacer tú?

—Por ahora nada, pero quizá te interese saber que hay alguien más que se interesa por el cargamento de la nave procedente de Saturno…

—¿Eh? —exclamó Tulio algo confuso—. ¿Qué sabes de ese cargamento?

—Nadie puede concretar sobre su valor, pero unos centenares de kilos en oro y piedras de las más cotizadas es algo poco común y como te he dicho no serás tú solo quien intente apoderarse de ello.

—Eres listo, ¿eh? —dijo Tulio—. ¿Cómo sabías que me interesaba?

—He oído hablar de vuestra doble personalidad. Algo así como suplantación del cuerpo de la persona que os interesa. Cuando vi al supuesto Enric nada sospeché, pero en algunos detalles y después de lo que oí acerca de vuestra fácil transformación, pude comprobar que no eran simples habladurías y que en algún lugar se estaba preparando el robo más perfecto y mejor organizado de todos cuantos ha habido. ¿Quién iba a sospechar de Enric y por supuesto de algunos policías fabricados por vosotros?

—¿Has pensado que el saber demasiado puede traerte

complicaciones?

—Lo sé, pero no hago más que responder a tus preguntas.

—Es cierto, pero escucha: nada tengo contra ti. Tu amigo Enric está bien y tú mismo podrás comprobarlo. En cuanto terminemos nuestra faena podréis marchar; nadie os lo impedirá, pero ahora sería arriesgar mucho dejaros en libertad. Luego… permaneceréis aquí hasta el día once. Sólo tres días.

A un gesto de Tulio, dos de sus hombres se acercaron a Sergio.

—Abajo —exclamó secamente.

CAPÍTULO VIII


ientras, en otro lugar, tres personas trataban de tomar una decisión acertada para aquel caso imprevisto.

—¿Qué hacemos, Sam? —dijo Joel, sirviéndose algo de beber—. El asunto se está complicando y no podemos recurrir a la violencia.

—Creo tener la solución, pero esa determinación perjudicaría a Sergio y si he de ser sincero, lamentaría que le ocurriese algo…

—¿Quieres denunciar el caso al ejército?

—¿Tienes alguna idea mejor?

—No.

—¿Dónde se encuentra esa isla? —interrogó Sam.

—A unas doscientas millas al norte.

—Debe tener un nombre, ¿no es así?

—Lo ignoro, pero podemos enterarnos —objetó Joel.

Sam ojeó el listín y marcó un número en el tele-teléfono.

—Consulado de Marte —le contestaron.

—Soy extranjero. Desearía saber qué isla hay a unas doscientas millas al norte.

Sam escuchó con atención y segundos después colgó.

—No hay isla alguna a menos de mil millas al norte, Joel, ni nunca la ha habido.

—Y no se han equivocado, Sam; lo que ocurre es que esta isla no es como las demás: está claro que es una isla movible…

—¿Movible? ¿Insinúas que puede trasladarse de un lugar a otro?

—Sí, y quién sabe dónde estarán en este momento.

—Intentaremos localizarlos —opinó Sam—. Después de todo una isla no se puede camuflar como si se tratara de una simple lancha.

—Debemos partir cuanto antes —opinó Elsa.

—Primero llamaré al fichero.

—¿Qué ocurrirá cuando echen a faltar a Enric? —preguntó Joel.

—Tal vez le dejen en libertad teniendo como rehén a algún familiar suyo.

Salieron y Sam llamó desde un taqui-teléfono público.

—¿El profesor Burton?

Una voz joven se puso al aparato.

—No ha llegado aún, señor. Llamó hace escasamente cinco minutos diciendo que llegaría dentro de una hora.

Sam colgó el aparato. Luego se dirigió a Joel:

—Esos intrusos van a dejar al verdadero Enric que venga.

—¿Cómo sabremos que es el auténtico?

—Tendremos que averiguarlo.

—Vamos, tratemos de ganar tiempo.

Una de las puertas corredizas de la esfera de Sam se cerró herméticamente. Segundos después los turborreactores superlumínicos entraban en acción, elevando la nave con movimiento majestuoso.

El viaje fue corto y momentos después descendían en el lugar donde Sergio y Enric desaparecieron.

—¿Estáis seguros que es aquí?

—Nunca se me olvidará este lugar —exclamó Elsa.

—Mira —dijo Joel—. Las huellas de las dos auto-naves están aún intactas.

—Aquí estaba la isla.

—Volaremos a baja altura por la costa; no se los ha podido

tragar el océano.

Durante largo tiempo pasaron una y otra vez por los lugares que parecían más factibles, sin obtener señal alguna.

CAPÍTULO IX



iensa!… ¡Piensa!… —repetía una y otra vez Yanko, mano derecha de Tulio.

Sergio, sentado en una silla giratoria, estaba sometido a un interrogatorio mental. Sus pensamientos eran captados por un cerebro electrónico y los reflejaba en una pantalla; ésta era la manera de poder conocer las personas que el interrogado conociese. Sergio trató de imaginarse seres irreales o, por lo menos, que no tuvieran relación alguna con los conocidos por él. Así podría confundirles y jamás sabrían su verdadera personalidad. Todo cuanto reflejaba la pantalla era fotografiado por una cámara automática. El hombrecillo que días antes saludara en Marte quedó grabado en ella y también algunos lugares que le vinieron al pensamiento.

—¿A qué habéis venido a la Tierra? —preguntó Yanko, observando la pantalla iluminada del detector. Si mentía, Sergio sabía que las sensibles células harían oscilar las líneas de luz que

cubrían perpendicularmente toda la pantalla. Sólo había una forma de alterar el mecanismo y era alterando también su propio sistema nervioso. Contrajo todos los músculos y clavó sus dientes en el apéndice lingual; un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo.

Yanko repitió la pregunta y Sergio contestó en tono decidido:

—Con intención de apoderarnos del cargamento de la nave procedente de Saturno…

Las estrechas franjas de luz rojiza temblaron, haciendo de la verdad una mentira evidente. El secreto quedaba indemne cuando Sergio escuchó la voz ruda de Yanko.

—¡Mientes! —vociferó, volviendo a repetir la misma pregunta—. Aunque… —continuó después de una corta pausa— has dicho que alguien más se interesa por ese cargamento. ¿Quién es?

La rápida pregunta sorprendió a Sergio y sin querer pensó en Sam. Yanko sonrió con satisfacción. En la pantalla se reflejó éste y un débil chasquido precedió a la imagen. Sam había sido fotografiado aun encontrándose a doscientas millas de aquel lugar.

Yanko hizo un gesto y Sergio quedó libre de los detectores; su primer pensamiento fue para Elsa. La recordaba con nostalgia, como si hiciera siglos que no la viese.

Sergio fue conducido de nuevo a la sala de controles.

Mientras, en la esfera de Sam algo les llamaba la atención.

—¡Mira! —exclamó Joel—, el detector acusa la presencia de algo extraño; la aguja oscila sin cesar. ¿Qué opinas, Sam?

—Alguien nos está controlando. Quizá los habitantes de la isla —dijo sin dar demasiada importancia.

La búsqueda fue inútil a pesar de seguir percibiendo aquel débil sonido.

—Es inútil, Sam —objetó Joel—. Quizá hayan sumergido la isla en el fondo del océano y, si es así, jamás daremos con ellos.

—Regresemos. Volveremos al amanecer —agregó Sam, mirando el reloj—. Son las nueve. ¿Crees que Enric estará en el fichero? Según el que se puso al teléfono tenía que llegar dentro de media hora…

—¿Qué piensas hacer?

—Ir hacia allá. El piso del fichero es el 228. Creo que no tiene muchos pisos más; entrando por arriba será más fácil. Podemos fingir una avería que nos ha obligado a parar en el lugar más

cercano. No pueden sospechar nada; luego ya hallaré la manera de introducirnos dentro.

La esfera ascendió unos metros y dejó atrás en unos segundos aquel paraje. Pronto divisaron el gran edificio que sobresalía por encima de los formidables rascacielos de 200 pisos. En la parte superior potentes reflectores de mercurio iluminaban una pista de aterrizaje. Varios astro-naves quedaban allí durante la noche. A un lado de la pista había instalada una torre de control en la que se facilitaban los datos meteorológicos. Sólo un guardián estaba al cuidado de ella durante la noche.

La esfera de Sam efectuó algunas vueltas en espiral hasta que se posó con simulada brusquedad al lado de la torre. Un hombre de mediana edad salió a su encuentro.

—¡No pueden permanecer aquí! ¡Éste es el edificio del Gobierno!…

—No era nuestra intención hacerlo —se apresuró a contestar Joel—, pero creo que hay una avería. Nos hubiéramos estrellado de no haberlo hecho.

—Está bien, trataré de ayudarles.

Mientras los dos se dirigían hacia los motores, Sam y Elsa bajaban por otro lado y daban una rápida ojeada a toda la pista.

—Debemos darnos prisa. Si sale antes de que nosotros volvamos tendremos que emplear otra táctica.

—Creo —agregó Sam— que habrá comprendido mi interés en que me acompañe. Es de vital importancia que Enric la vea de nuevo.

—¿Cree que tengo ocasión de elegir? —contestó Elsa secamente.

—Debemos averiguar en qué piso nos encontramos —continuó Sam.

Bajaron al piso inferior y miraron el ascensor.

Un número bastante legible marcaba el piso doscientos cincuenta. Sin pensarlo un momento, Sam pulsó el botón de llamada; a pesar de la rapidez del ascensor el tiempo que tardó se hizo interminable. Mientras sacó un cigarrillo e invitó a Elsa que denegó con la cabeza.

—¿Qué hacemos si Enric no me reconoce? —insinuó Elsa.

—Ya he pensado en eso. Si es el falso Enric déjeme hablar a mí; si es el auténtico salúdele y presénteme como un buen amigo de

Sergio.

El elevador se detuvo en el piso 228. Salieron y estuvieron unos instantes parados.

—Busquemos el fichero. Tiene que haber una placa que lo indique.

Sam pulsó un botón y el zumbador sonó en el interior. Enric apareció frente a ellos y una exclamación salió de sus labios.

—¡Elsa! ¡Vaya sorpresa!

—Hola, Enric.

Sam sonrió satisfecho.

—Veo que no viene Sergio contigo…

—Es un amigo —se apresuró a presentar—. Un buen amigo…

Enric después de saludarlo cogió la mano de Elsa.

—¡Esto no me lo esperaba! Pasad.

Sam tiró el cigarrillo a medio consumir. Aquel simple detalle había de acarrearle un hecho trascendental.

—¿Qué te trae por aquí, Elsa?

Sam contestó tajante la pregunta.

—Usted, señor Enric.

—¿Yo? No entiendo.

—Escuche: Sé que no va a gustarle lo que voy a decirle, pero disponemos de un tiempo limitado y no podemos desaprovecharlo.

—¿Entiendes algo, Elsa? —dijo Enric, encogiéndose de hombros.

—Estamos al corriente de todo cuanto concierne a su desaparición… y aún más: Sergio se encuentra ahora en esa isla, en poder de los que le suplieron…

Enric no pudo reprimir la sorpresa y confirmó sus palabras.

—Bien. Creo que no sacaré nada fingiendo, puesto que saben más que yo, pero no daré un solo paso para ayudarles…; lo siento, Elsa, lo siento por ti y por Sergio, pero si trato de colaborar con vosotros…

—Siga —objetó Sam—. Así es mejor; ellos jamás sabrán que hemos venido a verle.

—Mi esposa y mis hijas están en esa isla…

—Comprendo, esos canallas juegan con dos barajas —dijo Sam y prosiguió—: No le complicaremos, pero es necesario que nos diga dónde se encuentran ahora.

Enric trazó en un mapa el lugar aproximado.

—Lo siento Elsa, pero no puedo daros más detalles.

—Es suficiente. Gracias, Enric.

—Vamos, Joel estará impaciente.

Antes de salir a la pista Sam miró a la torre. El guardián estaba aún en la esfera. Quedáronse un momento parados y luego emprendieron una rápida carrerilla. En el instante que cruzaban por delante de la entrada Joel salía ya con el guarda y con un rápido movimiento se situó delante de él. Elsa y Sam entraron por la otra puerta.

Momentos después se elevaban lentamente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Joel.

—Es el propio Enric. Tiene miedo de hablar. Esos canallas tienen en rehén a toda su familia, pero sabemos el emplazamiento de la isla…

—¿Dónde?

—Estuvimos volando por encima. Están en el fondo del océano, a cinco mil metros de profundidad.

—¿Nos dirigimos hacia allí? —preguntó Joel.

—No. Nada podemos hacer ya. Iremos al hotel.

CAPÍTULO X



ran sobre las diez de la mañana cuando alguien llamó. Sam fue a abrir y vio frente a él dos policías.

—¿Es usted Sammy Ross? —preguntó uno de los agentes, mostrando la placa de identidad.

—Sí.

—¿Está solo?

—Con dos amigos.

—¿Sus nombres?

—Elsa Ríos y Joel… Joel Milland.

—Acompáñenos.

—Pero… ¿Qué es lo que ocurre? Somos extranjeros; hace dos días que estamos en la Tierra…

—Estamos enterados. No haga preguntas y síganos. Tendrán que prestar algunas declaraciones.

—Tenemos que acompañar a estos policías —dijo Sam,

dirigiéndose a los dos—. Es mi secretaria —continuó, haciendo un gesto hacia Elsa.

Ésta no comprendía y quedó algo confusa, pero guardó silencio.

—Lo siento, señorita, pero tendrá que acompañarnos.

—No hemos hecho nada. ¿Por qué nos detienen?

—Si no han hecho nada no consideren esto como una detención. Sólo tendrán que contestar a algunas preguntas.

Una cosmo-nave aguardaba a la salida.

—Suban —indicó uno de los agentes.

El viaje fue corto y nadie se atrevió a romper el silencio. De vez en cuando se encontraban las miradas, mostrando un gesto de extrañeza.

El vehículo se detuvo delante del edificio del Gobierno, pero al otro lado de la calzada. Los tres miraron al exterior y vieron frente a ellos la comisaría. Un agente les abrió la puerta.

Sentado detrás del mostrador el inspector fumaba con lentitud y gesto huraño.

Sam se adelantó y se digirió hacia él.

—¡Esto es un atropello, inspector! Creo que están cometiendo un error.

—Hace bien en creer y no en asegurar —infirió el inspector, levantándose y mostrando una foto—. ¿Es suya esa nave-esfera?

—Sí, pero… ¿Cómo tienen una foto de ella?

—Eso carece de importancia. ¿Sabe dónde la tiene aparcada?

—La dejé ayer sobre las nueve. No reparé exactamente en el lugar…

—Por eso están aquí —dijo el inspector
O’Conhor
y prosiguió—: ¿Son extranjeros?

—Sí. Llegamos de Marte hace dos días.

—Su nave está situada en el centro del parque de la residencia del mayor Temple. ¿Saben qué significa eso?

—Verá, inspector… de noche… y no conociendo…

—¡Basta! —gritó
O’Conhor
—. Hoy he tenido que soportar la reprimenda mayor que he recibido en mi vida, y todo porque a unos señores se les ocurre tomar una residencia por un campo de aterrizaje.

Luego prosiguió, cambiando el tono de voz:

—Debería multarles, pero voy a tener en cuenta su corta estancia en el país. La próxima vez lo haré sin reparo alguno.

—No habrá próxima vez, se lo aseguro, inspector —contestó Sam, dejando el cigarrillo en el cenicero. Acto seguido invitó al inspector.

—Vaya, hacía tiempo que no fumaba cigarrillos marcianos. Bien… —agregó—. Pueden marchar. Yo arreglaré esto.

El inspector seguía consumiendo el cigarrillo y sin reparar su vista se dirigió al cenicero. Quedó un instante pensativo mientras echaba la ceniza y observó el medio pitillo que Sam dejara momentos antes.

—Es curioso —exclamó, sin dirigirse a nadie en particular—. Juraría que no hace mucho he visto otro cigarrillo de ésos en alguna parte. Hacía quizá meses que no veía esta marca de tabaco y, sin embargo, en unas horas la he visto dos veces.

—Pueden ser muchos los que fumen tabaco marciano —comentó uno de los agentes, mientras repasaba un periódico.

—No es probable; no se expende en ningún sitio tabaco de Marte. Hace tiempo que no hay viajes para este planeta. Recuerda que pertenezco a la Agencia de Viajes Interplanetarios y por razones de política se suspendió hasta nuevo aviso casi toda comunicación… ¡Claro! —gritó O'Conhor, haciendo girar la cabeza a todos los allí presentes.

—¿Ocurre algo, inspector?

—Creo que tendremos trabajo. Localizad de inmediato a esos tres que estuvieron aquí hace un momento. ¡Sargento! —ordenó mostrando el cigarrillo de Sam—. Necesito con toda urgencia las huellas que puedan encontrar en él.

Aquel trozo de cigarrillo iba a movilizar a un buen número de agentes.

Elsa, Sam y Joel no habían ido hacia el hotel. Ajenos a todo se dirigían hacia la esfera.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Joel—. Mañana es el día fijado…

—De momento sacaremos la nave de allí.

—¡Eh, mirad! Hay policía al lado de la esfera. ¿Qué querrán

ahora? ¿Crees que el mayor habrá dado tanta importancia?

—No, hay algo más que debemos averiguar —comentó Sam—. ¿Qué ocurre, agente? Esta nave es mía y el caso lo hemos solucionado ya con el inspector.

—Lo sé. Estaba también en la comisaría. El inspector quiere verles de nuevo, pero en diferente sitio; y ahora saque su esfera de ahí.

Momentos después se encontraban en el edificio del Gobierno.

CAPÍTULO XI



l inspector les esperaba en el vestíbulo.

—Al 228 —ordenó.

—¿Qué ocurre, inspector? Creí que este caso había quedado solucionado.

—Exactamente —repuso O'Conhor —. Aquel caso carece ya de importancia. ¿Me da un cigarrillo? —agregó después.

Sam sacó una cajetilla.

—Si le gustan puede quedarse con ella. Traje conmigo algunos paquetes, pero… no creo que eso sea motivo para detenernos…

—¿Siempre fuma esta marca?

—Casi siempre.

El ascensor se detuvo y Sam salió primero. Por intuición se encaminó hacia el fichero.

—¿Sabe el camino? —insinuó el inspector con cierto tono.

—Estuvimos ayer Elsa y yo. El señor Burton es íntimo amigo suyo.

—El señor Burton fue víctima, precisamente ayer, de un atentado. Intentaron asesinarle sobre las diez.

Los tres se quedaron mudos de estupor. Un escalofrío pasó por el cuerpo de Elsa que se cubrió la cara con una mano.

—¿Sospecha de nosotros?

—A ésa hora, nadie, excepto ustedes, se detuvo en esta planta y hoy he podido deducir que fueron… —
O'Conhor
señaló a Sam.

—¿Nosotros? Luego… sabía que habíamos estado aquí antes de decírselo…

—Exacto. Tengo una prueba contundente; mire, es uno de sus cigarrillos. Lo encontramos junto a la puerta. Y ahora síganme. El señor Burton se encuentra en el fichero.

—Ha perdido mucha sangre —aclaró el doctor—. No lo fuercen.

—¿Se salvará?

El doctor hizo una expresiva mueca.

—¿Puede hablar?

—No. El golpe le ha seccionado las cuerdas vocales. Sólo puede oír.

—No es necesario que se esfuerce en hablar, señor Burton —dijo el inspector—; si puede oírme parpadee dos veces para afirmar. ¿Me ha entendido?

Lentamente, Enric parpadeó dos veces.

—Bien —continuó—, para negar hágalo tres veces. ¿Puede distinguirnos a todos?

La vista de Enric fue recorriendo uno a uno los rostros de todos; sus párpados se cerraron y abrieron afirmando.

—¿Está entre nosotros el que intentó asesinarle?

Enric volvió a afirmar.

—Mírelo fijamente durante unos segundos. Será suficiente.

Éste cerró los ojos durante unos instantes.

—¿Me ha entendido, señor Enric?
O'Conhor
repitió la pregunta.

—Sí —contestó, parpadeando dos veces.

—Si está entre nosotros, ¿cómo es posible que no haya sido nadie? ¿Fue acaso un accidente?

Enric parpadeó tres veces.

El inspector miró a Sam y en voz baja le expresó su error.

—Por fortuna no ha tenido importancia —respondió Sam, dándole la cajetilla de cigarrillos—. Cuando los fume se acordará de este caso.

O'Conhor

insinuó una sonrisa. Sacó el pañuelo y se secó el sudor que se les deslizaba por la frente.

—Dígame —continuó, mirando a Enric—. ¿Conoce a su agresor?

Éste afirmó, mirando con atención la pluma que el inspector llevaba en el bolsillo exterior de la chaqueta.

—¿Quiere mi pluma?

En seguida le puso la pluma entre los dedos y una hoja de papel sobre su pecho.

Con letra casi ilegible trazó unos rasgos.

—¿Quiere decir «Yo»?

Enric afirmó de nuevo.

—¿Se hizo usted mismo el daño?

—No —contestó, parpadeando con trabajo tres veces.

—Estoy desconcertado por completo —dijo el inspector—. Es el caso más difícil que he tenido.

—Su cerebro responde con normalidad —aclaró el doctor—. Lo hemos comprobado.

La vida de un ser humano se extinguía por momentos. Su respiración era más rápida y fatigosa. La muerte abría sus brazos y se disponía a llevar aquel cuerpo casi inerte al mundo de las perpetuas tinieblas.

En su lenta agonía, Enric escribió algo. El inspector lo leyó:

—Mujer… Hijos… seres convertibles…

Sus ojos se cerraron para siempre, dejando en suspenso una frase indescifrable para el inspector.

—¿Seres convertibles? En el último momento ha querido decir algo, pero no acierto a comprender el qué…

Sam mirada impasible el cuerpo inerte de Enric, mientras el mismo doctor le cubría el rostro. El inspector añadió:

—La palabra «Yo» debe tener un gran significado; quizás encierre todo el misterio de este asesinato.

CAPÍTULO XII


entado frente a la máquina electrónica identificadora, Yanko sonreía con satisfacción. Las ondas de luz que se reflejaban en la pantalla dejaron de oscilar. La que controlaba su corazón se paralizó también.

—Enric ha dejado de ser una amenaza para nosotros —exclamó.

Mientras Tulio hacía sus preparativos para el día siguiente, Sergio hurgaba en la sala de máquinas tratando de hallar el medio de salir de allí.

Al lado de la puerta de entrada observó que había otra de menores proporciones. La abrió y se encontró frente a una pequeña habitación de unos dos metros cuadrados. Entró sin pensarlo y cerró la puerta; automáticamente el suelo pareció hundirse bajo sus pies. La plataforma fue descendiendo hasta diez. Paró suavemente y una de sus paredes corrió hacia un lado dejando entrever, a medida que lo hacía, otra sala parecida a la anterior, pero con diferente maquinaria.

Salió del elevador y dio una rápida ojeada a su alrededor.

Infinidad de cables, de un espesor de tres centímetros de diámetro pendían del techo colocados en forma simétrica, uno al lado del otro, formando un triángulo. Cualquier balanceo de la isla era rectificado instantáneamente. Los pesados cables sólo estaban sujetos por su parte superior, faltando en la inferior unos diez centímetros para llegar al pavimento. Un sistema por infrarrojos, instalado en el suelo, enfocaba sus rayos al extremo de las barras. Éstas, al desviarse, dejaban libre los rayos y el cerebro actuaba en el acto estabilizando aquella ciudad flotante.

Un débil ruido le distrajo. Sergio volvió la cabeza sin ver de dónde procedía. Como impulsado por un resorte empezó a inspeccionar detalle por detalle cada rincón de la estancia. Si lograba encontrar el cerebro de todo aquel complicado mundo submarino, tendría en sus manos un arma en extremo poderosa.

—¡Se ha escapado! —gritó alguien desde el exterior.

—No es posible. Nadie soportaría la presión, puesto que nos encontramos a más de cinco mil metros bajo las aguas.

—Está en la sala del cerebro —comentó otro y prosiguió—: Puede hacernos mucho daño si da con él.

—Es imposible que lo halle. Nunca se le ocurrirá mirar detrás de la pantalla…

Lantano hablaba sin darse cuenta que era oído y Sergio aprovechó el descuido. A toda prisa buscó la manera de separar la pesada pantalla; la única que había allí. Presionó un poco y el mueble cedió y se introdujo en una reducida habitación, dejando un espacio libre para pasar. En el mismo instante una luz roja iluminó la estancia como un brillo que casi cegaba a Sergio. El cerebro acusaba un peligro inminente y emitía un sonido agudo intermitente. La luz brillaba más y aquel sonido aumentaba su volumen cuando Sergio pretendía acercarse. Miró fuera y vio los dos hombres apuntando sus fusiles atómicos hacia la entrada.

—¡Escucha! —habló uno de ellos—. Puedes destruir el cerebro si lo encuentras, pero tú te hundirás con nosotros. Tulio, nuestro amo, te dejará en libertad mañana. ¿Qué respondes?

Mientras, el elevador descendía transportando a varias personas que Sergio reconocería en el acto. Lantano había explicado la situación a Yanko y éste se personaba con la familia de Enric.

—Escucha —dijo Yanko—: no pretendemos hacer ningún daño a nadie, pero tú has complicado las cosas. Si dentro de cinco minutos no sales, estas tres personas morirán y sólo tú serás el responsable. ¿Qué decides?

Sergio sabía que si se entregaba jamás le dejarían en libertad; si no lo hacía tres personas inocentes morirían. Pensó en Elsa y también en Enric y su rostro se endureció. Yanko cumpliría su amenaza y él no podría permanecer mucho tiempo en aquella situación… Tenía que pensar; pensar con rapidez.

—¡No salgas, Sergio! ¡Te matarán! —gritó la esposa de Enric, escapando del lado de Lantano.

El movimiento fue rápido y no dio tiempo a nadie para evitar que Lauren tropezase con los cables de estabilidad. El cerebro pareció enloquecer ante aquel tremendo desnivel, tratando de regularizarlo y una y otra vez se sucedían los colores rojo, verde y azul, con un brillo cegador, que obligó a Sergio a salir de allí.

El cuerpo de Lauren había quedado encima de los rayos infrarrojos y éstos, obstruidos, no encontraban su otro Polo, haciendo así balancear la enorme ciudad de un lado para otro incesantemente.

Los gruesos cables, protegidos por una capa de material impermeable impidieron que muriese electrocutada, pero la acción calorífica de los infrarrojos fueron fulminantes, produciéndole terribles quemaduras en todo el cuerpo.

Sergio retiró el cuerpo exánime de Lauren. Los hechos se habían sucedido en unos segundos; los suficientes para que la esposa de Enric Burton dejase también el inaudito mundo de los vivos.

Uno de los fusiles estaba al alcance de Sergio y se tiró con la rapidez de un rayo a cogerlo. Yanko le tenía encañonado y disparó. La ráfaga de rayos atómicos pasó rozando su cabeza, destrozando un lado del elevador. Sergio sintió un enorme calor sobre su cabeza y presionó repetidas veces el gatillo. El fusil vomitó su mortífera carga y ésta se incrustó en el pecho de Yanko, reduciéndolo a cenizas.

La isla había dejado de tambalearse. Lantano se levantó con las manos en alto.

—¡No dispare! —exclamó con voz temblorosa.

—¡Asombroso! —dijo Sergio, al ver al doble de su amigo—.

¡Eres el propio Enric!

—¡Papá! ¡Papá! —gritaron las dos pequeñas, echando a correr hacia el que creían su padre. Sergio se apresuró a contenerlas.

—Escuchad: ése no es vuestro padre; se ha disfrazado como él para engañaros…

—Usted miente. Déjenos ir.

—No, espera. Vuestro padre sabe cómo os llamáis. ¿No es así?

—Claro…

—Preguntadle que os diga vuestros nombres y la edad que tenéis. ¡Vamos, preguntadle!

—Díselo, papá —exclamó Claudia, convencida de la respuesta.

Lantano quedó cortado.

—¿Lo veis? —continuó Sergio—. Es un impostor.

¿Estás enfermo, papá? Yo soy Claudia y mi hermanita, Lauren. ¿Dónde está mamá?

Sergio hizo un rudo gesto a Lantano para que callase, pero éste tenía un arma con la que podía quizá luchar con su enemigo.

—Él la ha matado, Claudia, y ahora me tiene prisionero a mí.

—¡Está mintiendo, pequeña! —gritó, encarando el fusil con gesto amenazador—. Oye bien, miserable: no puedo ni tengo medios para obligarte a decir la verdad, pero si vuelves a pronunciar palabra alguna dispararé, aunque estás dos chiquillas me guarden rencor toda la vida.

Unas voces en la sala superior distrajeron a Sergio, que escuchó sin quitar la vista de Lantano.

—¡Escuchen! —gritó—. Tienen cinco minutos para hacer volver la isla a la superficie. Después de ese tiempo dispararé contra el cerebro.

Un murmullo invadió la estancia. La destrucción del control de la isla significaba la muerte lenta para todos. Quedarían hundidos para siempre en los abismos del mar.

Sergio quedó pensativo. Si destruía el cerebro perecerían todos y con ellos dos seres inocentes.

Hubo unos minutos de silencio y de uno de los altavoces se oyó la voz pausada de Tulio.

—Soy Tulio —comenzó—. Estamos emergiendo. Detendré la isla a cincuenta metros de la superficie y saldréis por tubos de emergencia. ¿Qué respondes? Puedes hablar; de aquí oigo hasta tu

respirar…

—Las dos pequeñas, puedo comprobar por la pantalla si quedan libres, pero… ¿quién me lanzará a mí?

—Esperaba esta respuesta. Tú mismo podrás hacerlo igual que ellas, tan sólo oprimiendo un botón…

Sergio hizo entrar en el elevador a las dos y esperó impaciente. Momentos después la pantalla reflejaba la densa vegetación de la isla. Un enorme tubo de materia plástica, de dos metros de diámetro surgía de entre las plantas, hasta alcanzar la superficie. Segundos después Claudia y Lauren reposaban tranquilamente sentadas en un bote, atadas por la cintura.

Le tocaba a Sergio, hacer la misma operación y el trayecto que le separaba de la sala del cerebro al tubo de emergencia lo hizo con Tulio delante. La compuerta se abrió y entró rápido. Pulsó un botón varias veces para asegurarse y Tulio cerró rápido ante la amenazadora boca de fuego del fusil de Sergio.

El agua lo iba elevando hasta llegar al extremo superior del gran tubo, que estaba cerrado y sin saber cómo se encontró en la superficie, junto al bote de Claudia y Lauren que miraban medio asustadas al aparecido Sergio. Ahora tenían que llegar a tierra firme.

CAPÍTULO XIII



ientras, a más de trescientas millas de aquel lugar, alguien daba a conocer una historia que días después correría por todos los rincones del Globo. Una historia que muchos, se empeñarían en no creer, a pesar de su elocuencia.

Una hora después de ser dada la noticia al ejército, potentes destructores enfilaban su proa en busca de la isla. Diminutos submarinos atómicos escudriñaban todos los rincones, a tres y cuatro mil metros bajo la superficie, sin detectar el más mínimo sonido. El radar se mantenía inmóvil, no haciéndose notar la presencia de algo anormal.

Los relevos se fueron sucediendo durante varias horas, sin resultado alguno, pero para la isla aquella búsqueda no pasaba desapercibida. En el momento en que se inició fue descendiendo hasta los once mil metros. La cúpula y las contracúpulas resistían sin el menor esfuerzo la titánica presión ejercida a tan enorme profundidad.

Uno de los submarinos enanos había localizado la isla y se disponía a regresar, cuando algo que no acertaba a comprender el qué se lo impidió. La diminuta nave había entrado en el campo de acción gravitatorio de la isla y una barrera invisible le retenía, paralizando sus motores. Un sordo crujido y el sumergible saltaba en mil pedazos, siendo apagado el estallido por las fulminantes profundidades. Segundos después varios trozos del grueso acero descendían vertiginosos hasta las más profundas simas.

Rápidamente, otro dio a conocer la situación.

—Están descendiendo —comentaba el piloto.

Por mediación del reflector de ondas daba a conocer el descenso.

—Cinco mil metros… seis mil… siete mil…

El cerebro había entrado en acción y absorbía toda clase de ondas y rayos de cualquier constitución.

A diez kilómetros de la superficie Tulio pensaba la manera de deshacerse de aquella flota intrusa. Pulsó un botón y el cerebro actuó de nuevo, dejando unas aberturas para que saliesen un centenar de microtorpedos atómicos con cabeza imantada. Éstos llegaron fuera de la barrera de gravedad y, a partir de entonces, serían atraídos por cualquier cuerpo metálico con su consiguiente destrucción.

En todas direcciones iban ascendiendo, buscando la presa. Algunos hacían blanco en las rocas, desparramando infinidad de cascos que se incrustaban en otras rocas. Otros volvían al lecho de las aguas más profundas, abriendo un enorme socavón con su explosión y otros hallaban su verdadero punto de destino, sembrando la muerte y la destrucción.

Los pequeños submarinos enfilaban su proa en dirección opuesta a aquel peligro inesperado, sin atreverse a hacerle frente.

—¡Señor! —exclamó el del radar de uno de los acorazados—, nuestros submarinos están siendo destruidos por un arma desconocida. Es muy potente y nada pueden hacer para defenderse.

—¿Se ha localizado esa isla?

—No, señor.

El radiotelegrafista se acercaba con un papel en la mano.

—He recibido esta orden del alto mando, capitán.

Se había ordenado que empleasen el último recurso: lanzar cargas de profundidad atómicas. Esto significaba que incluso

tendrían que arriesgar sus propios barcos si lo hacían, pero la orden estaba ya cursada y se obedeció sin contemplaciones lanzándose la primera.

Después de unos minutos de angustia la explosión submarina corroboró su poder destructor, levantando una gigantesca ola de cuarenta metros de altura, lanzándola contra uno de los destructores.

Con intervalos de quince minutos fueron lanzadas cuatro cargas más, pero de menos calibre. Tulio no estaba inactivo y aprovechó este lapso de tiempo a partir de la tercera explosión, haciendo emerger la isla a unas millas de la flota y adaptándola al terreno del ambiente que ahora ofrecía el aspecto de una cordillera.

Otra nueva arma iba a ser lanzada a las profundidades ya que se comprobó, al ir subiendo la isla a la superficie, que no habían hecho blanco, puesto que el radar oscilaba sensiblemente.

Eran cargas frigoríficas capaces de convertir millares de metros cúbicos de agua en verdaderas moles de hielo. A una temperatura de cinco mil grados bajo cero cualquier motor dejaría de funcionar por fuerza. Un helicóptero permanecía parado en aquel lugar esperando la señal. Momentos después un objeto de unos doscientos kilos se sumergía en las aguas para dejar allí su helada provisión.

A continuación, la superficie fue adquiriendo un color gris, para cambiar luego por un blanco intenso. Más allá, a unas cuantas millas de la explosión, una cordillera sufría una rara metamorfosis, convirtiéndose en enormes montañas de hielo. El cerebro de la isla, obedeciendo a la fantástica temperatura reinante, hacía funcionar sus sensibles células.

No era corriente una porción de terreno helado en una zona cálida y por consiguiente no pasó desapercibido para la flota, enterada ya de antemano de la facilidad de conversión de aquellos extraños seres.

Uno de los destructores enfocó sus cañones electrónicos en dirección a la isla y un haz de luz partió de él e iluminó una extensa zona. En seguida algo de color negruzco se deslizó por el mismo haz y estalló unos metros antes de llegar; la explosión hizo temblar el terreno lindante hasta varios kilómetros y aquellos témpanos quedaron convertidos en unos segundos en su elemento primitivo. La gran planicie helada había dejado de existir y el helor que

dominaba aquel sector no tenía ya efectos positivos.

Varios submarinos descendieron para comprobar la obra.

—¡Asunto concluido, señor! —gritó uno de ellos—. No queda rastro.

CAPÍTULO XIV



n otro lugar alguien se reía de aquellas palabras. Alguien que había logrado burlar, sin el menor perjuicio para él, a los terrestres.

Ya el sol dejaba entrever tímidamente sus últimos rayos y la flota se disponía a regresar. Mientras, Sam y Joel, después de la muerte de Enric, habían regresado al hotel donde ultimaron los detalles para el siguiente día. Luego se reunieron con el inspector.

Poco después de morir Enric, el doctor se dispuso a sacar unas radiografías de la cabeza y ante el asombro de todos no pudo contener una exclamación.

—¡Increíble! ¡Acérquense! —dijo, mostrando unas de las radiografías—. Esto revela un misterio que jamás hubiéramos descifrado.

El cuerpo de Enric fue sometido a una operación la cual se veía el motivo por el que se enteraron los de la isla de la declaración de Enric a Sam y Elsa. La masa encefálica había servido para

incrustarle un micro-aparato transmisor y todo lo que hablaba y oía era transmitido a la isla. Por su interior unos finísimos hilos partían del aparato en dirección al corazón; cuando dejase de existir éste al dejar de latir haría emitir al transmisor un sonido especial que sería captado por la máquina de control humano de la isla.

Tan sólo accionando una clavija, Yanko hubiese podido paralizar el corazón de Enric, produciéndole una muerte instantánea en el momento que hablaba con Sam y Elsa, pero aquello no hubiese hecho recaer las sospechas en nadie puesto que habrían dado a su muerte los síntomas de un síncope cardíaco.

El doctor desconectó el complicado mecanismo de aquella inteligente operación. Era de suponer que, aun estando muerto Enric, en la isla seguirían recibiendo todo lo que allí se hablaba. Aquel transmisor dio una idea al inspector, que puso en práctica sin pérdida de tiempo. Hizo una seña a Star y le expuso su plan.

—¿Por qué no usar su propio invento para despistarles? Están enterados del día y el lugar en que tomarán tierra los de la nave… luego, nada se perdería intentando hacerles creer que se efectuará en otro sitio.

—¿Puede volver a hacer funcionar ese chisme, doctor? —dijo el inspector.

—Lo intentaré, pero… ¿qué piensa hacer?

En breves palabras le puso al corriente.

—Me gustaría quedarme, inspector, pero tengo mucho qué hacer —dijo Sam.

—Bien, pueden marcharse si lo desean.

El nuevo plan iba a ser puesto en práctica. Momentos después se comentaba el nuevo punto de llegada de la nave de Saturno.

Sam y Joel después de hacer algunas deducciones partían en dirección a la isla.

Sam observaba los controles y la oscilación de uno de los relojes les dio la conformidad que esperaban: la isla de Tulio no había sido destruida. Anotaron su situación y decidieron quedarse en aquel lugar para vigilar sus movimientos. Pulsó un botón conmutador y una pantalla se iluminó, dejando al descubierto el complicado mecanismo de los controles del tiempo.

Joel se acercó y señaló a aquel cerebro, capaz de modificar los siglos.

—¿Qué piensas, Sam?

—Creo que podremos adelantarnos a los hombres de Sirio en saber cuándo llega la nave.

—¿Has podido localizarla?

—No es necesario hacerlo. Tengo la solución con resultados satisfactorios. No puede fallar…

Después de mirar su reloj prosiguió:

—¿Recuerdas las pruebas que efectué en Marte?

—Sí —contestó Joel, buscando un sitio para sentarse.

—Pues bien… Resistió la velocidad de la luz lo mismo que cualquier autonave resistiría quinientos kilómetros por hora. ¿Sabes qué habría sucedido si su marcha la hubiese aumentado?

—Posiblemente se habría volatilizado en el aire —objetó Joel.

—Bromeas. Mi máquina puede resistir altísimas temperaturas. Dándole mayor velocidad la esfera hubiese sido trasladada a otra dimensión.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¿Cómo hacerla regresar a su tiempo después? Es necesario accionar en estos controles para surcar la barrera de los siglos.

—Pero… ¿qué te propones? Dilo de una vez.

—Sencillamente, trasladarnos al día doce o trece.

—¡Claro! —gritó Joel, golpeándose en la frente con la palma de la mano—. Así sabremos de antemano el día y la hora en que regresó la nave.

—Prepárate para el viaje más maravilloso de tu vida. Pasaremos el umbral del tiempo en pocos segundos.

—Estoy preparado, Sam. Suerte.

—Allá vamos…

La súper esfera ascendió verticalmente hasta sobrepasar la capa de la atmósfera terrestre. Una densa niebla la envolvía hasta el punto de hacerla invisible. Aquella neblina aislaba la nave del ambiente exterior y era la causa de que la esfera no se desintegrase en el espacio, por la gran velocidad desarrollada.

Eran las veintidós horas, siete minutos.

Luz. Tinieblas. Luz. Tinieblas.

Los segundos, los minutos, las horas…

El primer día transcurrió como un relámpago fulgurante, en milésimas de segundo.

Chispazos de luz y explosiones de tinieblas eran lo que acompañaba la loca carrera de la esfera.

Estaban volando sobre la mismísima línea del tiempo. Viajaban sobre ese elemento intocable que es el tiempo.

De nuevo luz y tinieblas alternativamente… segundos, minutos, horas…

Otra hora… y otra… y otra… Ahora en millonésimas de segundo.

La barrera del tiempo violaba por primera vez en el curso de los años.

Y el final del viaje. Repentinamente en pocos segundos.

La esfera se detuvo en el día previsto. Joel miró en torno suyo, sintiendo un infinito asombro al contemplar el panorama que les rodeaba.

No había una luz completa, ni una oscuridad absoluta. Era una penumbra de color gris, que permitía divisar, sin embargo, los detalles en una considerable extensión de terreno.

—¿Estamos en el día trece?

—Sí —respondió Sam. Y de repente agregó—: Salgamos.

Manejó el mando de apertura de la esfera semitransparente que encerraba el vehículo. Durante largo rato ambos se miraron como esperando oír algo que les sacase de dudas.

Para los terrestres la velocidad alcanzada por la esfera suponía un viaje de varios billones de kilómetros y, sin embargo, tal viaje lo habían hecho ellos en pocos segundos.

Sam miró el calendario electrónico que marcaba automáticamente los días y un grito de alegría salió de su garganta.

—¡Lo he conseguido, Joel! Miré el reloj y señalaba la diez horas y siete minutos. Ahora son las diez horas, siete minutos y milésimas. Hemos pasado al día trece, cuando en realidad es el diez. Así será fácil saber la hora que han llegado.

Volvieron a ocupar el vehículo y Sam dirigió la nave hacia la ciudad, parando en el primer «*snack*-bar». Se dirigió al teléfono, miró en el listín y marcó un número. Momentos después se reunía con Joel.

—¿Dónde has ido?

—Iremos a una redacción de periódicos. Allí tendrán del día doce.

—¿Crees, que habrán publicado la llegada de la nave?

—Recuerda que será o ha sido asaltada. No pueden pasar por alto esta noticia.

—Vamos. Preguntaremos dónde se encuentra esta redacción.

Minutos después los dos ojeaban detenidamente, página por página, los hechos acaecidos el día anterior. La noticia que esperaban la tenían frente a sus ojos, con titulares en letra demasiado grande para que les pasase desapercibida.

—¡Vaya! —exclamó Sam, leyendo en voz alta—. Mira esto, Joel.

»La nave procedente de Saturno ha llegado hoy, día doce, habiendo efectuado su aterrizaje, en el sector diecisiete.

Pasó por alto algunas líneas y se detuvo en otro título con caracteres en color y cuerpo superior al anterior. Antes de leer hizo una observación:

—Aquí pone día doce, cuando en realidad era el once el previsto. ¿Por qué esta rectificación a última hora?

—¡Lee esto! —gritó Joel, palideciendo de pronto.

—«Los hombres de Sirio desconcertados…».

En otro epígrafe Sam leyó algo que les dejó confusos. «Se busca el paradero de Sammy Ross. Su compañero Joel Milland muere aplastado por su propia nave».

—Esto es grave, Sam. Debemos desechar la idea de asaltar ese cargamento.

—Déjame pensar —objetó éste y agregó—: El periódico no miente, pero no debe preocuparte la noticia. Es evidente que has muerto, en apariencia, claro está, pero no ha sido tu cuerpo ni tu persona…

—¿Por qué en apariencia? No entiendo, Sam.

—¿Cómo puedes pasar al futuro si has perecido en el pasado? Es decir: sólo hay una explicación que dé por válida esta noticia. Tu personalidad ha sido reemplazada por uno de esos hombres de Sirio y en realidad ha sido tu doble quien ha muerto. Mira qué pone aquí:

«El cargamento estuvo en manos de un asesino».

—¿Dónde quedo yo? Si no he muerto, ¿dónde estoy?

—Está claro. Tú no saldrás de la esfera —objetó—. Ahora volveremos a nuestro día.

La esfera efectuó un círculo en espiral mientras se elevaba y segundos después rompían de nuevo la maravillosa barrera del

pasado y el futuro, volviendo a su dimensión.

Se detuvieron en el mismo lugar y Sam comprobó el reloj del tiempo.

—Hemos vuelto a la normalidad, pero con algo más en nuestras mentes: El placer de saber que dentro de unas horas seremos ricos… inmensamente ricos… ¿Estás preocupado?

—No puedo evitarlo. ¿Y si en realidad no hay otro Joel Milland?

—Ha de haberlo. Pasaste al día doce. ¿No es eso?

—Cierto, pero…

—No pienses más en ello y ayúdame. Tenemos que hacer sitio para el cargamento.

Durante largo rato estuvieron desalojando una pequeña habitación. Sam, para cerciorarse que todo había ido bien, mandó a Joel a que hiciese un ligero reconocimiento en el exterior de la esfera. Joel salió de ella y dio una rápida ojeada de izquierda a derecha. Repasó la estructura por todas partes y se agachó para comprobar los tubos de escape. En aquel momento vio por debajo de la nave una silueta que se deslizaba hasta quedar a unos metros de él.

Sam lo había visto todo y se disponía a actuar, pero ya era demasiado tarde. Aquel ser tenía encañonado a Joel y optó por alejarse, antes de que le capturasen a él. Era la única manera de intentar hacer algo por su compañero.

Mientras, Joel era conducido a una pequeña estancia donde Tulio le hizo algunas preguntas sin obtener respuesta.

—Está bien, amigo, quizá cambies de opinión —dijo con rudeza y agregó—: Llévenlo a la sala vibratoria.

La habitación era reducida y casi por completo lisa, pues en algunos rincones se abrían unas diminutas ventanillas enrejilladas.

De pronto la luz se avivó con un brillo cegador, cambiando en fracciones de segundo en las perpetuas tinieblas. Calor y frío, también en feroces alternativas. Otras veces, las paredes se cambiaban de color rapidísimamente, con chispazos fulgurantes que penetraban al fondo de su cerebro cual alfileres. Cuando agotado por la tortura se dejaba caer en el suelo, éste se movía con rápidas ondulaciones, de tal modo que llegaba a creer que se hallaba acostado sobre el lomo de una cebra de la jungla, que corría a loca velocidad.

El sonido era empleado también como arma de tortura. Largo rato de un ruido goteante, como de un grifo mal cerrado, cuyo volumen iba en aumento, poco a poco, hasta alcanzar proporciones ensordecedoras. El goteo se combinaba en ocasiones con estallidos de color o tremendos relámpagos que le atravesaban los párpados.

Después se sucedían las preguntas, hechas por alguien a quien no veía, a través de un atófono que parecía ser la habitación entera. En ocasiones era un simple susurro y otras veces parecía un trueno, según los deseos del que manipulaba el regulador del volumen sonoro. Y cuando las preguntas quedaban sin respuestas venían las amenazas:

—¿Quién eres?

—¿De dónde vienes?

—¿Cuáles son tus compañeros?

—¿Cuántos sois?

—¿Cuál es vuestro punto de reunión?

—Si no contestas te fusilaremos.

—¡Responde si quieres seguir viviendo!

—En Sirio fusilamos a los espías.

—¡Responde o te fusilaremos!

—¡Morirás!…

—¡Morirás!…

—¡Morirás!…

—Habla de una vez… habla… habla… ¡habla!… ¡habla!…

—¡Basta! —chilló Joel, preso de un acceso de nervios—. ¡Basta!

Los ruidos cesaron de pronto. Joel permaneció unos momentos en el suelo, con los tímpanos zumbándole todavía a causa de la insoportable presión sonora a que habían estado sometidos.

Trató de sentarse en el suelo mirando en torno suyo con los ojos extraviados. No sabía nada en absoluto de lo que pretendían averiguar sus captores.

Y, de pronto, la puerta se abrió. Varias personas irrumpieron en la estancia.

Joel no se molestó en ponerse de pie. Si le iban a ejecutar, que le llevasen ellos al campo de ejecución; él no daría un solo paso por su voluntad para ir hacia la muerte.

Joel pensó que quizá fingiendo estar trastocado por el suplicio le darían por inútil para sus propósitos y le dejarían en libertad. Era

un truco que podía dar resultados satisfactorios y lo llevó a cabo tan pronto como lo pensó. De repente se tumbó en el suelo y se contorsionó grotescamente ante el asombro general. Luego empezó a reír hasta el punto de que sus mandíbulas casi se le desencajaron y de vez en cuando balbuceaba frases imperceptibles y otras que se entendían con claridad, pero sin lógica alguna.

El que parecía el jefe dio su opinión acerca de lo que estaban viendo y Joel, en su interior, sintió la satisfacción de haber conseguido sus propósitos, por lo menos en aquel momento:

—Esto es consecuencia de los procedimientos de Tulio —dijo con severo acento y prosiguió—: Este hombre no nos sirve ya para nada. Le dejaremos fuera y quizás en su inconsciencia nos facilite el paradero de los suyos.

Mientras, Sam se había remontado a considerable altura y había esperado durante dos horas a su compañero con la esperanza de verle aparecer de un momento a otro. De pronto le vio correr, huyendo a la desesperada de los esbirros de Tulio. Con decisión, efectuó una inteligente maniobra y descendió hasta colocarse junto a él. Abrió la escotilla y Joel saltó dentro en un rápido movimiento. Luego la esfera desapareció como un relámpago, confundiéndose entre las nubes, en el momento que varios disparos atómicos cruzaban el aire, perdiéndose sus efectos en los confines del Universo.

—Sé todo lo que ha ocurrido —comentó Sam, conectando los controles electrónicos—. Lo pasaste mal, ¿eh?

—Prefiero olvidarlo, pero algún día daré buena cuenta de esos asesinos.

—Eres el primero que ha logrado burlarles. Cuando te vi por la pantalla creí de veras que te habían vuelto loco…

—Alguien tenía que ser el primero. ¿No te parece?

—Desde luego y lo hiciste muy bien.

Sam encendió un cigarrillo y continuó:

—¿Sabes algo de Sergio?

—No. Tal vez esté en otro lugar ya; puede que haya escapado también…

—Luego… —prosiguió Sam— no sabemos si vive…

Joel se encogió de hombros.

—No será difícil averiguarlo. Iremos al hotel.

—Espera —objetó Sam—. Él no actuará por su cuenta mientras yo tenga esto.

Sacó la carta que comprometía a Sergio y volvió a doblarla con gran cuidado.

—¿Dónde vamos ahora? Dadas las circunstancias no podemos controlar a los de la isla.

—Iremos a inspeccionar el lugar donde deben aterrizar y escogeremos un punto factible donde podamos dominar mejor en caso de algún impedimento.

CAPÍTULO XV



ientras, a trescientos noventa y ocho millones de kilómetros de la Tierra, distancia que les separaba entonces de Marte y en un rincón apartado de la ciudad, un hombre pugnaba con desesperación por librarse de las sogas elásticas que segaban lentamente sus muñecas y tobillos, para salir del sótano de su laboratorio.

El verdadero Sammy Ross, reemplazado por uno de los hombres de Sirio había sido elegido para llevar a cabo el más grande atraco que la historia tendría que divulgar.

Sam tenía la garganta reseca y su mente no llegaba a comprender su verdadera situación. Llevaba cuatro días o quizás más (él no lo sabía), en aquel estado inconsciente, por efectos de alguna droga.

Trataba de ligar algunas palabras, pero sólo conseguía, de vez en cuando, dejar escapar algún sonido gutural que no pasaba de débil susurro; sus cuerdas vocales no le respondían.

La vista se le fue aclarando y empezaba ya a vislumbrar el terrible estado en que se encontraba. Los objetos se hacían más claros y dejaban de tambalearse de un lado a otro hasta volver a su posición normal, pero las muñecas, terriblemente magulladas por la soga, apenas podía moverlas y cuando lo hacía sentía unos fuertes pinchazos en el interior de las venas.

Dio una ojeada a la estancia y trató de arrastrarse hacia unas cubetas que contenían ácido. Éste quemaría las ligaduras si conseguía hacerse con él, aun a riesgo de producirse terribles quemaduras. Decantó el pequeño recipiente y el líquido empezó a verterse en el suelo; puso las ligaduras debajo y el ácido empezó a hacer su efecto al impregnar la soga elástica, que se fue aflojando hasta partirse en dos. Sólo unas ligeras quemaduras producidas por la humedad hicieron mella en las manos de Sam, pero aquello carecía de importancia. Estaba libre y tenía que actuar con rapidez; su doble podía hacer daños irreparables usurpando su puesto.

Abrió la puerta conteniendo la respiración y poco a poco sacó la cabeza para lanzar rápida ojeada. ¡No había nadie! A cada paso que daba, sus ojos se movían con rapidez a ambos lados. La estancia estaba fría y se apresuró a cerrarla. Luego fue hacia el tele-teléfono y lo descolgó. Durante cierto rato estuvo con el auricular en el oído sin obtener señal para marcar. Pulsó el botón de contacto varias veces y nadie le contestó. La línea estaba cortada. Corrió al garaje y trató de comunicar con la
P. S. M.
(Policía Sideral de Marte). Conectó la antena del
auto-nave
y esperó; mientras, comprobó el arranque del vehículo. Los turborreactores permanecían en silencio por mucho que Sam se esforzó en ponerlos en marcha. Algo estaba estropeado y le llevaría mucho tiempo el componerlo.

En el radio-teléfono se oyeron unos débiles sonidos como de alguien que hablaba, per eran casi imperceptibles. Sam hurgaba en el aparato, con desespero, para coger la onda. Acercó el oído al receptor y entre las interferencias pudo captar algunas palabras:

—Aquí la
P. S. M.
Conteste.

Iba a hacerlo cuando oyó unos pasos que se acercaban. Cortó la comunicación y se escondió tras el vehículo, apuntando su pistola hacia donde procedían los pasos. Éstos se detuvieron un instante; luego continuaron y la silueta de un hombre aparecía en el umbral. Sam miró con insistencia, pero a contraluz no le distinguía el rostro. El individuo era alto y corpulento y en su mano llevaba algo que Sam reconoció al instante: era una pieza del turborreactor. Aquel hombre no había sacado aquella pieza del auto-nave pensando que Sam se escaparía. Por otra parte no sabía si era uno de los seres de Sirio.

El individuo levantó la capota y manipuló en el motor; Sam le observó sin reconocerlo. No lo había visto nunca, pero evidente que era uno de los hombres de Tulio ya que en Marte nadie era capaz de cometer tal acción.

Subió al vehículo y accionó en el receptor. Sam quedó sorprendido por la claridad con que se oía al interlocutor; él casi no oía nada y, sin embargo, aquel hombre hablaba en tono normal sin intercepción alguna. No vaciló en catalogarle como uno de sus raptores. Luego escuchó atentamente y quedó asombrado por el diálogo:

—¿Kiro? —Se oyó en el receptor.

—Sí. Puedes hablar.

—Joel está prisionero. Todo está saliendo según lo previsto. Le esperaré dos horas…

—Continúa, doble Sam…

—Cuando le dejen fingiré rescatarlo y nos dirigiremos hacia el lugar convenido.

—Escucha ahora, doble Sam: varios de nuestros agentes han sido detenidos por la P. S. M. La noticia de la desaparición del auténtico Sammy Ross se ha divulgado ya por todo el planeta y su secuestro se hace difícil. Hay que actuar con rapidez y en cuanto a Joel ya sabes lo que tienes que hacer cuando lleguéis al punto…

Sam comprendió perfectamente. Joel estaba en manos de unos asesinos y él les ayudaba; sin querer estaba cavando su propia fosa.

Pero…, ¿cómo Joel no conocía el engaño? ¿Por qué se prestaba

a colaborar con ellos? Urgía, pues, comunicar con la
C. I. M.
(Comunicaciones Interestelares de Marte) para aclarar aquel enigma, pero primero tenía que librarse de aquel hombre. Éste salió del
auto-nave
y se dirigió al sótano; Sam le siguió y al llegar a la entrada de la escalerilla accionó un interruptor dejando el lugar a oscuras. El rostro del desconocido quedó iluminado por un haz de luz que se filtraba por una pequeña ventanilla.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? —gritó al oír el pequeño chasquido producido por el pulsador.

—¡No se mueva, le tengo encañonado!

—¿Quién es?

—¡No haga preguntas y dé la vuelta! ¡Despacio y con las manos en alto!

Sam se acercó y le ordenó que entrase en el sótano. Al hacerlo quedó sorprendido por la desaparición de su preso.

—¿Cómo ha podido…?

La frase no fue terminada. Un fuerte golpe en la nuca hizo que aquel hombre se desplomase pesadamente. Luego unió de nuevo la soga elástica y le ató con todas sus fuerzas. Después de su incidente tenía ganas de hacer algo para terminar de una vez con aquellos seres. Sentía en su interior que la sangre le hervía al pensar que Joel dejaría de existir en un momento dado y él mismo había estado a punto también de sucumbir.

Momentos después varios agentes invadían la casa y Sam volaba hacia la casa de Sergio, tratando de atar cabos con respecto a lo que había oído; había otro Sammy Ross y Joel estaba con él… Otro Sam que iba a terminar con su amigo y nada podría hacer para evitarlo. Miró su reloj y cambió el rumbo. Aquella hora era la que Sergio estaría dando clases y fue directamente hacia allá.

—¿Qué desea, señor? —preguntó el portero.

—Quiero hablar con el profesor de idiomas: Sergio Miranda.

—¿Es usted amigo suyo?

—Si. Me llamo Sammy Ross.

—No le había reconocido, profesor —exclamó—. ¿Se encuentra usted mal?

—No es nada, pero diga: ¿puedo verlo?

—El señor Miranda hace días que no viene por aquí. ¿Puede o sabe usted decir dónde se encuentra?

—A eso he venido. Hace tres días que no lo veo.

—¿Ocurre algo? —preguntó uno de los directores, que se acercaba a ellos. Luego saludó a Sam, que explicó en breves palabras lo que sucedía.

—Esto es muy raro. Ni a él ni a su esposa los hemos visto en estos últimos días. Las clases de idioma han quedado suspendidas de momento.

Sam se excusó y se dirigió hacia el autonave. Momentos después hacía acto de presencia en la agencia.

—¡Sam! ¿Dónde estuviste? —exclamó Yeran, uno de sus buenos camaradas.

—Deja que te explique, Yeran… Es algo inaudito.

—Pasa y siéntate; pareces fatigado.

—Lo estoy. Tuve algo de ajetreo con un extraño personaje.

Yeran le sirvió algo de beber e hizo una seña a cuantos había allí.

—¡Eh! ¡Venid! Sam ha vuelto y tiene mucho que contarnos.

Un murmullo invadió la estancia y todos se acercaron.

—Cuenta, Sam. ¿Qué ha ocurrido?

Durante largo tiempo estuvo hablando solo, sin que nadie se atreviese a interrumpirle.

—¡Un momento! —exclamó Yeran, después de oír que Sam escuchó la conversación del desconocido dirigiéndose a otro Sammy Ross—. Esto me sugiere que mire en los archivos de sucesos… Hace algunos años ocurrió algo aquí, en Marte, que bien pudiera guardar relación con tu caso. Es cierto que la historia se repite y ahora ha llegado el momento de comprobarlo.

Yeran buscó afanosamente, mientras todas las miradas estaban pendientes de él.

—Pero…, ¿qué buscas? —preguntó Sam impaciente.

—Ten calma. Quizás esto nos dé la clave de este enigma.

Instantes después sonreía mostrando una carpeta.

—Aquí está. «El caso de los seres convertibles de Sirio».

»Creo, señores que nos enfrentamos con un caso idéntico al que tuvo en jaque a toda la policía de Marte, en años anteriores.

Yeran leyó el contenido, pasando por alto detalles ínfimos.

—Escuchen: Banco de las Naciones. Año 2993. Un caso verdaderamente insólito ha hecho eco en todo el planeta.

»Después de varios días de infructuosa búsqueda es detenido uno de los cabecillas del grupo que asaltaron en fechas recientes las cajas de dicho banco. La cantidad de dinero robado asciende a doscientos cincuenta millones de Mâkrons cantidad de la que no ha sido recuperado ni un solo Mîkre.

»Para tal colosal asalto fue empleado un método completamente desconocido por nosotros, pero gracias al servicio de inteligencia de la
P. S. M.
se logró hacer declarar algo al prisionero, de dicho sistema».

—Continúa, Yeran —dijo Sam impaciente—. Continúa.

Yeran leyó exactamente lo que el falso Sam contara a Sergio y Joel en el hotel.

Uno de los concurrentes, de un modo impulsivo, interrumpió el relato:

—¡Esto es asombroso! Debemos reconocer que se trata de una generación superinteligente…

—En efecto —comentó Yeran—, pero no podemos pasar por alto que tuvieron un fallo, o quizá debemos calificarlo como demasiada perfección de la máquina que fabrica esos seres idénticos a cualquier persona, ya que el hombre que detuvo la patrulla era el doble idéntico del portero, pero emitió este fallo, como ya he dicho, y es que al duplicar a una persona no lo hacía con defectos físicos si ésta los tenía o con posibles cicatrices y el guarda tenía una bastante pronunciada en un brazo. Esto pasó desapercibido para los amigos, pero no para su esposa y, gracias a ello, pudimos evitar que esos doscientos cincuenta millones se convirtieran en quinientos.

»Y ahora —opinó—, creo que debemos hacer algo y cuanto antes, pero hay algo que no he dicho y es de suma importancia: la sangre de esos seres duplicados carece por completo de glóbulos rojos, siendo en su totalidad blanca y ésa es la razón de que sus cuerpos no puedan resistir más de treinta días en vida. Viven artificialmente solo el tiempo que les interesa para llevar a cabo sus planes.

Yeran miró de un modo extraño a Sam.

—Comprendo lo que piensas y no te lo reprocho, con tales argumentos yo desconfiaría hasta de mí mismo.

Ante el asombro de todos sacó un cortaplumas y con un rápido movimiento puncionó en su mano lo suficiente para que saliese al exterior ese líquido rojizo que nutre nuestro cuerpo.

—No era necesario, Sam, te lo aseguro…

—¿Acaso desconfiaron del portero? Así es mejor, Yeran, y esa cicatriz será una de las maneras de identificar a mi doble.

»Y ahora —prosiguió—, debemos comunicar con la Tierra.

Yeran cogió el tele-teléfono y marcó el número de la

C. I. M.

(Comunicaciones Interestelares de Marte). En breves palabras puso al corriente de cuanto sucedía a la organización, y partieron hacia la Tierra él y Sam.

CAPÍTULO XVI



ergio había comunicado con Elsa y, antes de reunirse con ella, dejó a Lauren y Claudia en lugar seguro, hasta que aquel caso se solucionase. Elsa miraba por enésima vez al pasillo, esperando verle aparecer; el ascensor se detuvo en aquella planta y su corazón dio un vuelco, latiéndole como alocado.

—¡Sergio… Sergio! —exclamó rompiendo en llanto sin poderse contener.

—Vamos, ya pasó todo —trató de calmarla y luego añadió—: ¿Dónde están ellos?

Elsa se secó las lágrimas.

—En su esfera sin duda. Marcharon en cuanto regresamos de ver por última vez a Enric.

—¿Has dicho por última vez?… —se sorprendió Sergio.

—Sí. Enric murió. Lo asesinaron ellos…

El rostro de Sergio se contrajo con una expresiva mueca de

dolor.

—Debes sobreponerte, cariño. Tienes que descansar… lo necesitas.

Durante varias horas durmió profundamente y de repente se despertó sobresaltado, con los ojos muy abiertos.

—¡Sergio! —gritó Elsa—. ¿Qué te ocurre?

Reaccionando en pocos segundos trató de calmarse y de tranquilizar a ella.

—No es nada. Tuve como un sueño o un extraño presentimiento y en él he visto que Sam no era tal sino su imagen y ésta se disipaba en la atmósfera, riendo. Su risa era sarcástica y mostraba en la mano un papel; quizás era la carta que me compromete.

—Toma. Tienes que descansar. Estás obsesionado por esos seres de que te habló.

—Que me habló… —dijo para sí, vislumbrando la terrible realidad—. ¡Eso es!, pero no el auténtico Sammy Ross, sino su doble y ahora comprendo el porqué de tantos fallos al preguntarle algo acerca de su vida: El coñac… el tiempo que trabajaba al servicio del fichero…

—¿Qué hablas?… —preguntó Elsa, mirándole algo confusa.

—Estoy perfectamente, cariño. No hay tiempo para explicártelo. Hemos sido engañados como lo han hecho con todos y como hicieron en Marte. Juraría que el verdadero Sam se quedó allí y su cuerpo debe reposar en algún lugar del planeta.

»Él nunca me habló de esas criaturas ni tan siquiera insinuó que existieran, como tampoco se enteró del robo del Banco de las Naciones ya que estuvo enfermo de gravedad, debido a aquella descarga radiactiva.

—Es cierto —infirió Elsa—; después de la enfermedad pasó largo tiempo sin recibir visita alguna.

—Luego… él ignoraba lo de los seres convertibles.

—Así parece —agregó Elsa.

Sergio se levantó de un salto y se vistió a toda prisa sin hacer caso de las palabras de Elsa.

—¿Dónde vas? A estas horas alarmarás a todos.

—¿Alarmar?… Eso es lo que deseo hacer. El edificio del Gobierno será el primero en recibir la alarma. La vida de Sam y Joel, si no han muerto ya, depende ahora de nosotros. ¡Vamos,

vístete! En el punto elegido del Amazonas se necesita todo un ejército para contrarrestar a los de la isla. Tienen armas que pueden destruir una ciudad en pocos segundos.

Mientras, en la esfera, Sam ultimaba algunos detalles.

—Conviene ir despacio para que nadie sospeche. Cuando nos encontremos en el punto elegido descenderemos tan aprisa que nadie advertirá nuestra presencia. Y ahora descansa, Joel. Has tenido un día bastante agitado. Conviene estar despejado para entonces.

Joel se dirigió hacia una litera y tomó un vaso de agua que dejó en la mesita lindante a la cama. Sobre la mesa había dejado un pequeño frasco que contenía tinta sólida para apuntes y éste se manchó.

—¡Vaya! Iré a limpiarme.

Al salir del lavabo quedó perplejo al observar que Sam dejaba caer «algo» en el vaso. Joel hizo que, por causas fortuitas, se le escapase de la mano vertiendo casi todo su contenido. En el fondo del vaso no se veía residuo alguno.

—¿Qué te ocurre? —exclamó Sam—. Haces las cosas como dormido…

—Es cierto. Me conviene descansar para aplacar los nervios. Estoy agotado.

Joel mentía en parte. A partir del momento en que vio la acción de Sam, el cansancio le desapareció y jamás se había encontrado tan despejado como entonces, pero fingió estarlo para aclarar la duda… Quizá había sido una coincidencia y no le había puesto nada. Llenó de nuevo el vaso, pero antes lo enjuagó varias veces, mirando de reojo a Sam.

A medida que transcurría el tiempo, Joel se encontraba como un extraño en la esfera y no atinaba a comprender el motivo de aquel viaje. Recordaba el suplicio a que fue sometido en la isla como algo muy lejano… Como una pesadilla; como si desde que partieron de Marte hubiera estado bajo un fuerte hipnotismo y sus efectos cesasen en aquel momento. Miró a Sam y le recordó como en sus buenos días, en su laboratorio. Recordó también a Sergio, el correcto profesor de idiomas y otras cosas acaecidas en los últimos meses… Lo recordaba con cariño; como uno de esos mejores amigos, quizás el mejor.

En aquel momento miró a Sam como a un extraño. No parecía él y su forma de actuar no pertenecía al Sammy Ross que conocía en las rojizas tierras de su planeta natal. Aquel día sería para él el más importante de todos. Vigilaría a su compañero segundo a segundo, todos sus movimientos, ya que por primera vez, desde el principio de aquella increíble aventura, su seguridad personal le importaba ante todo. Si Sam había intentado deshacerse de él o hipnotizarlo a base de algún narcótico, lo intentaría de nuevo y aquello sería la prueba más contundente de que no era una ilusión óptica.

Luego, trató de recordar la última vez que bebió algo estando con él: En la esfera no lo había hecho, pero, sin embargo, había comido y lo que bebió también Sam lo hizo, luego… aquella ocasión que daba descartada. Pensó en el hotel; allí sí bebió y sirvió más de una vez Sam. Tenía que hacer algo para que le trajese un vaso de agua. Cerró la mano y golpeó en la mesa.

Sam se volvió rápido y vio a Joel con la mano en la cabeza.

—Estaba soñando y me golpeé en la mesa.

—Te traeré algo de beber…

—No es necesario, fue un simple golpe…

—Te lo traeré —insistió Sam.

Por el cristal translúcido se veía su silueta y Joel aguzó la vista incorporando un poco el cuerpo. No había lugar a dudas que había puesto algo en el vaso. Luego estuvo un momento parado antes de salir. Joel pensó que lo hacía para que diera tiempo a la droga a disolverse en el líquido.

—Bebe, te sentará bien.

Si rehusaba, Sam sospecharía que sabía la verdad.

—No puedo dormir; mejor será que esté levantado. Mientras leeré para conciliar el sueño. Iré a la cabina.

Joel cogió el vaso y se dirigió a la pequeña estancia, acercándose el recipiente a los labios, dando la impresión a Sam de que bebía. Cerró la puerta y se apresuró a vaciarlo. Instantes después Sam entraba y daba una ojeada al vaso. Estaba vacío y Joel permanecía sentado, leyendo un libro cogido al azar.

—¿Te encuentras bien?

—Nunca había estado mejor. No te preocupes por mí.

Éste salió y una sonrisa iluminó su rostro.

Mientras, Sergio hacía sonar el tele-teléfono en la sala del

fichero. Eran las cinco de la madrugada.

El agente de turno descolgó el aparato con parsimonia.

—Edificio del Gobierno. Sala del fichero… ¿Diga?

—¡Oiga! Tengo que hablar con el coronel Star con la máxima urgencia.

No tuvo que esperar mucho. Star, deseoso de tener noticias de la isla, no dormía pendiente de cualquier llamada.

—Aquí el coronel Star. ¿Quién está al aparato?

—Sergio. Sergio Miranda, coronel.

—¡Sergio! ¿Cuándo llegó? ¿Cómo pudo salir de allí?

—Ya le explicaré; ahora hay algo más importante —afirmó, contándole sus sospechas acerca de Sam—. La isla sigue intacta y es posible que en este instante emerjan para dar su última batalla…

—Diríjase hacia aquí.

—Está bien, coronel.

Al momento de colgar, el timbre sonó de nuevo.

—Star al habla…

—Aquí Marte, coronel. Sammy Ross desea hablar con usted.

—Que se ponga.

La alarma había cundido. Después de la identificación del verdadero Sam sólo restaba encontrar a su doble y rescatar a Joel. Luego presentarían batalla a Tulio hasta acabar con él para siempre.

Sergio y Elsa llegaban en aquel momento y Star les comunicó la última llamada.

—¡Sam en Marte! —exclamó Sergio y prosiguió—: Joel está siendo engañado igual que lo hemos sido nosotros. Han sabido darle a la mentira una realidad sorprendente. Yo he podido huir a tiempo, y si él no logra hacerlo, es decir, si no se da cuenta de la falsedad de su amigo está perdido.

—Quizá se lo haya notado y a estas horas esté pugnando por escapar.

A las cinco treinta de la mañana todas las centrales telefónicas estaban dispuestas a recibir y cursar cuantas llamadas recibiesen. La operación se le designó con el nombre de «Operación Sirio». Todos cuantos oyeran aquella frase dejarían su tarea para ayudar. Por orden de Star, Sergio hizo una llamada al observatorio gigante de la ciudad para que localizasen la esfera, si ésta había ascendido lo suficiente para que no fuese localizada desde la Tierra, pero no fue

necesario ya que uno de los agentes de la patrulla espacial comunicaba en aquel momento haber visto un punto a gran altura, que se desplazaba a poca velocidad. El mismo agente había comunicado con el observatorio el cual le había dado las características principales de la nave.

Star leyó en el bloc: «Cinco quince horas. Una nave-esfera de unos diez metros de diámetro se desplaza a poca velocidad hacia el Sur. No tiene semejanza alguna con las naves terrestres».

—¡Son ellos! Ésa es la esfera de Sam —afirmó Sergio, convencido.

—Espere, Sergio, aquí dice algo más.

—«Para mayor identificación anotamos estos datos: Es completamente esférica y en su parte inferior tiene tres pies para estabilizarla en terreno poco plano. En el centro observamos un gran disco con enormes agujeros. Eso es todo cuanto vemos desde aquí».

—No cabe duda, coronel, son ellos —insistió Sergio—. Me fijé en todos esos detalles en Marte.

Después de efectuar la llamada de urgencia al ejército de tierra, se dispusieron las cosas para emprender el viaje al gran continente amazónico.

—Ustedes se quedarán aquí —dijo el coronel dirigiéndose a Sergio.

—Nada de eso, coronel —repuso él—. Por nada del mundo me perdería el enfrentarme con ese falso Sam. Se quedará mi esposa; después de todo el caso me pertenece…

Ante la insistencia de Sergio, Star accedió.

Elsa se acercó a Sergio y fue a decir algo, pero por el expeditivo procedimiento de cerrarle los labios con los suyos, no le dejó que lo hiciese. Luego musitó:

—No digas nada. Así es mejor. Volveré.

En el vestíbulo esperaban varios agentes. Star se dirigió a ellos.

—Escuchen esto: Nadie, absolutamente nadie, debe entrar esta noche aquí… Sea quien sea…

—Ni éste tampoco —aclaró Sergio mostrando la foto de Sam—. Deténganlo si aparece por aquí.

—Llamaré al hotel para que hagan lo propio.

Momentos después las veloces astronaves surcaban el espacio en

dirección al punto elegido para el aterrizaje de la nave que transportaba el valioso cargamento. En grupos de a dos buscaban lugares estratégicos donde afrontar con mayor ventaja la lucha, si ésta se llevaba a cabo.

CAPÍTULO XVII



ientras, en la esfera, Joel comía junto a Sam, el cual había estacionado la nave entre unas densas nubes.

—¿Me alcanzas el cuchillo, Joel?

Al hacerlo, la nave se tambaleó en aquel instante y Sam se cortó en un dedo.

—Te has cortado —indicó Joel.

—No es nada.

—Déjame ver…

—¡Te digo que no es nada! —contestó levantando el tono de voz.

Sam no pudo evitar que unas gotas de sangre se deslizasen por la mano, cayendo sobre la mesa.

—¿Eh? —exclamó Joel sin dar crédito a lo que estaba viendo—. ¡Tu sangre no tiene color! ¡Eres uno de esos seres de que nos hablaste!

—Acertaste, amigo, y lamento que te hayas adelantado el camino al otro mundo, puesto que no vivirás para contarlo.

Joel se abalanzó sobre él, haciendo presa en su garganta.

—¡Quieto, imbécil! ¿Cómo piensas salir de aquí si acabas conmigo?

Éste aflojó la presión que ejercía en el cuello de Sam y recapacitó un instante: si terminaba con él firmaría al propio tiempo su sentencia de muerte, puesto que no sabía manejar la nave. Perecería de hambre allí suspendido o se estrellaría al final en tierra.

—Tú ganas… por ahora, pero te juro que te mataré si intentas cualquier cosa.

—¿Matarme? —insinuó el doble Sam con ironía—. Mi muerte está fijada para dentro de veinte días a lo sumo. Creo que ya os expliqué que ése es el tiempo que vivimos nosotros, ya que en realidad no somos más que seres irreales. Servimos a una causa y si fracasamos no nos importa morir…

Joel quedó pensativo. Estaba entre dos fuegos sin poder salir.

Sam se dirigió tranquilamente hacia los mandos. Luego agregó:

—Y ahora continuaremos la marcha. Te necesito y será mejor que me obedezcas.

La esfera se puso en movimiento. Joel guardó silencio un rato, observando con atención cómo iban los controles. Sólo dos cosas le importaban: saber disminuir velocidad y elevar la esfera. Por el movimiento de la nave, Joel comprobaba la clase de mando que Sam tocaba. Al ponerla en marcha sólo manipuló dos cosas: la clavija que suprimía la antigravitación y el acelerador de pie. Esto lo gravó en su memoria.

Sam abandonó los mandos y dejó volar la esfera a marcha moderada. No perdía ni ganaba altura y Joel no había visto cómo lo hizo. Tenía que hacer que volviese a los mandos e inventó algo.

—¡Vaya! —exclamó mirando hacia abajo—, en buen lío me has metido. Ahí están las patrullas…

Sam accionó dos clavijas y la esfera volvió a estacionarse. ¡Tenía suficiente! Con poder parar a tiempo evitaría estrellarse; para descender cortaría la antigravitación y aceleraría.

—No veo nada. ¿Qué te propones? No conseguirás poner en marcha la…

La frase no quedó terminada; un golpe en la nuca hizo que Sam se desplomase en el suelo.

—Veremos si no lo conseguiré —monologó Joel, mirándole.

De momento, movió de posición una de las clavijas y la nave perdió altura rápidamente; oprimió el acelerador y ésta avanzó en línea recta.

Un suspiro de alivio hizo que emitiese un silbido. Todo parecía haberle salido bien; y para probar la manera de frenar quitó el pie, paralizando casi al instante la esfera, pero perdiendo altura a velocidad de vértigo. Un montón de objetos se le vinieron encima por el brusco frenaje y Sam rodó por el suelo, rebotando con estruendo contra la pared.

Joel había quedado un instante perplejo y de repente pisó de nuevo el acelerador, haciendo recobrar a la nave su posición horizontal. Con precaución lo fue soltando y la velocidad disminuyó algo, pero ahora no perdía altura.

Sam había recobrado el sentido y sonreía con maldad a pesar de los golpes recibidos. Miró a su alrededor y, después de comprobar el estado en que estaba todo, optó por ayudar a Joel.

—Te ayudaré antes que estropees los controles, pero impondré una condición. Si no aceptas jamás llegarás a tierra vivo.

—Habla.

—Veo que eres razonable. Te dejaré en el lugar que tú escojas y podrás marchar con toda tranquilidad, pero no dirás nada hasta dentro de veinticuatro horas. Eso a cambio de salvarte la vida. Dame tu palabra, si es que puedo confiar en ella.

Joel quedó confuso ante tal condición. ¿Cómo podría permanecer en silencio después de todo lo que había ocurrido en los últimos días?

—Espero tu contestación…

—Está bien. Te juro que nada diré hasta transcurrido este tiempo.

Una simple clavija solucionó lo que para Joel era un difícil problema. Aquel diminuto conmutador había hecho que Joel diese su palabra a un ser hacia el que él sentía repugnancia.

Momentos después la esfera tomaba tierra con lentitud, cerca de la autopista que conducía al centro de la ciudad. El falso Sam había quedado atado de manera que pudiera desligarse, pero dando

tiempo a Joel a que desapareciera de su vista y no pudiese atacarle. Ésta fue la condición que Sam no rehusó, aceptando desde el primer momento.

A unas cuantas millas de Joel, Yeran hacía resonar su voz en el interior de la nave del coronel Star. En realidad Yeran trataba de comunicar con el edificio del Gobierno, pero el potente receptor interceptó la llamada.

—Aquí Yeran… Estamos a cien mil millas de la Tierra. ¿Nos oyen?

El radiotelegrafista manipulaba en el receptor para coger bien la onda, que llegaba con extraños ruidos e intermitencias.

Sergio estaba en aquel momento allí y contestó:

—Le oímos, Yeran, continúe.

Después de la identificación habló el verdadero Sammy Ross, dirigiéndose a Sergio y Joel.

—¿Están ahí los dos?

—Joel, no.

—¿Qué ha ocurrido, Sergio? Sabía que Joel está en poder de esos desalmados, pero me negaba a creerlo.

—Es largo de contar. Mejor será contártelo aquí.

—Escuche, Yeran —dijo Star—: estamos emplazados en…

Después de darle la situación exacta les advirtió del peligro que podían correr.

—Tendremos cuidado, coronel.

—¡Coronel! —gritó el radiotelegrafista—, percibo el sonido de algo que se acerca a gran velocidad.

—Trate de comunicar y dígales que tomen tierra aquí.

—De acuerdo, señor.

Momentos después una esfera, parecida a la de Sam, se detenía junto a la de Star. Una pequeña rampa surgió de debajo la nave y la cúpula transparente se abrió.

—¡Joel! —gritó Sergio al verle salir—. ¿Qué ocurrió?

—Me cogieron esos canallas. No sé nada de Sam…

—Comunicó con nosotros hace unos minutos. Se dirige hacia aquí…

—¡Coronel! ¡Alarma! —gritó el del radar—. ¡Varias naves se acercan a gran velocidad! ¡Se están desplegando!

—¡Alarma! ¡Prepárense! —Se oía a través de los altavoces, al

mismo tiempo que sonaba un penetrante silbido para que fuese escuchado en todos los rincones de la selva.

Los lanza-granadas magnéticos, los cohetes antinaves y toda clase de armas, para repeler el ataque, estaban dispuestas para actuar. De repente la selva empezó a cambiar su atmósfera y un olor fuerte y nauseabundo invadió todo aquel sector.

—¡Rápido, pónganse las máscaras! —ordenó Star, mientras el mortífero gas iba descendiendo en forma de copos de nieve e impregnando toda aquella zona. A continuación una lluvia de proyectiles cayó sobre ellos. De las naves de Star partían sin cesar infinidad de granadas magnéticas, que se incrustaban en las astronaves enemigas, haciendo que saltasen en mil pedazos. Una ráfaga de rayos atómicos barrió a una docena de naves de Star. Las tremendas llamaradas hacían presa en los árboles, convirtiendo la selva en un infierno humeante.

Sin interrupción se sucedían las descargas unas u otras y las naves de Tulio acusaban los impactos, cayendo con gran estruendo y devastándolo todo en su agonía. Una de las patrullas terrestres entró en acción y el cielo se plagó en un instante de navescazas, partiendo de ellas fulgurantes llamaradas dirigidas a las naves enemigas, que crujían bajo el poder destructor de los atacantes.

El enemigo optó por iniciar la retirada y en pocos segundos, el silencio volvió a reinar. Sólo el crujir de las brancas, que caían pesadamente, se oía ya.

Joel había salido fuera de la nave y miraba con atención concentrada todo aquel sector calcinado por el fuego. Se dirigió a una colina, lindante al lugar donde debería efectuar su aterrizaje la astronave de Saturno y permaneció largo rato inmóvil. En la lejanía se divisaba un punto que se acercaba velozmente. Éste empezó a cobrar forma: era la esfera que tripulaba Sam… el falso Sammy Ross. Sergio la reconoció en el acto.

—¡Es la esfera de Sam! ¡Destrúyanla, coronel! ¡Puede desaparecer en un instante!

Era tarde ya. La esfera enfiló hacia Joel y lo aplastó contra la ropa, desapareciendo de la vista de todos, en fracciones de segundo.

—¡Joel! —gritó Sergio, corriendo hacia allá.

Éste esperaba ver una masa de carne sanguinolenta incrustada en la colina, pero al llegar su rostro palideció. No se distinguía a

ningún ser humano y su sangre no había dejado señal alguna.

Star miraba con los ojos casi fuera de sus órbitas, sin acertar a comprender aquel raro fenómeno. El radiotelegrafista interrumpió en aquel momento a los perplejos Star y Sergio que bajaron de prisa.

—Es Yeran, señor.

—Al habla Star. Hable, Yeran…

—¿Podemos tomar tierra, coronel?

—Pueden hacerlo y dispónganse a ver algo que les dejará sorprendidos.

La nave efectuó un semicírculo y se detuvo junto a la de Star. El primero en salir fue Sam, seguido de Yeran. Luego cuatro hombres de Marte; su pequeña estatura contrastaba notablemente con la de los terrestres.

—¡Sergio! —exclamó Sam abriendo los brazos.

—Supongo que no eres uno de esos fantasmas —bromeó.

—Es el auténtico —dijo Yeran sonriendo.

Un estrecho abrazo unió de nuevo a los dos, después de aquella insólita e increíble aventura, que casi logró desunirlos.

—Vimos lo que pasó aquí. ¡Menuda batalla, coronel!

Star mostró impaciente el cuerpo exánime y destrozado del falso Joel.

—¡Uno de ellos! —exclamó Yeran.

—¿Uno de ellos? No entiendo. ¿Quiere decir que ése no es Joel?

—¿Creyeron que lo era? —preguntó Yeran.

—Por lo menos era su cara —objetó Sergio.

—No era más que uno de esos seres, convertido en su amigo. Su sangre es blanca —dijo y agregó—: ¿Quién le mató?

—Sam… es decir —rectificó Star—, el otro Sam.

—Sin duda le confundieron con el auténtico Joel Milland. Eso quiere decir que vive aún.

—¿Qué hay de la nave de Saturno?

—Llegará de un momento a otro…

—¡Mírela! —dijo Sam—. Ahí está.

La astronave se acercaba a gran velocidad y Star ordenó que lanzaran una bengala para que tomasen tierra en un lugar determinado. Momentos después lo hacían y sus tripulantes salían a toda prisa.

—¡Nos han atacado, coronel! —gritaba el capitán—. Uno de mis hombres ha podido fotografiar al que parecía el cabecilla. Miren.

Sergio identificó al de la foto como el falso Sam.

El capitán quedó perplejo al comprobar la foto y mirar luego a Sam. Star se apresuró a aclararle aquella duda.

—Luego le explicaré, capitán. Ése no es el de la foto. Es largo de contar.

—Y bien, ¿qué piensa hacer, coronel?

—¿Cuánto hace de eso?

—Apenas media hora —contestó mirando su reloj.

—Comunicaremos con Marte para que les salgan al paso.

—Debí ser menos confiado —objetó el capitán—. Precisamente ocurrió en el último momento.

—Todos somos a veces demasiado confiados. No se culpe de algo que nadie hubiese podido evitar. Nosotros fuimos engañados durante largo tiempo y costó la vida a varias personas. Enric y su esposa murieron.

El capitán se llevó las manos a la cara.

—Cálmese. No lograrán salirse con la suya, aunque para ello tenga que movilizar a todos los ejércitos terrestres.

La orden de interceptar el paso a Tulio se había cursado ya. Nada había que hacer allí y una nueva misión se encargaba a todas las patrullas: la de evitar que el enemigo retrocediese. Cogido entre dos fuegos terminaría por sucumbir y los seres convertibles de Sirio habrían dejado de ser una amenaza para el universo.

Pasaban en aquellos instantes por el campo gravitatorio de Marte y de pronto el cielo pareció enlutarse; una verdadera plaga de naves lo invadió, cortando todo posible avance. El número era muy superior al de las naves de Tulio y se cambió el rumbo precipitadamente, ya que por todos los lados se acercaban amenazadores los ejércitos marcianos. Al intentar retroceder se encontraron con las naves de Star. La esfera de Sam, que contenía el cargamento robado, trató de evadirse del grupo, pero el colosal enjambre de naves terrestres y marcianas le impidieron que maniobrase en ningún sentido, mientras cuatro naves lanzaban una red metálica invisible, que la inmovilizaron obligándola a regresar a tierra.

Unas horas después el propio Tulio firmaba la rendición,

haciendo constar en ella su propio destierro que sería en uno de los planetas vecinos donde quedaría hasta el fin de sus días, pagando así los innumerables crímenes que en su existencia llevó a cabo. Fue el Tribunal de Marte quien dictó la sentencia, ya que de nuevo se decretó su existencia en la Tierra.

El auténtico Sammy Ross se enfrentaba por primera vez con su doble. Yeran cogió la mano de Sam y la mostró a todos.

—Con esto no hay duda posible. Sam se cortó adrede para demostrar su autenticidad.

—Bien, amigo —dijo el verdadero Sam a su gemelo—: me parece que estoy condenando a un hermano y me costará hacerme a la idea de que eres sólo un ser de ficción, pero seguirás el mismo camino de tu Rey.

El extraño personaje sonrió con gran sarcasmo sin dar importancia a las palabras de Sam.

—¿Dónde quedó mi esfera? —continuó luego.

—Están descargando. Vayamos allá.

La última carga de lingotes se efectuaba en aquel momento.

—¿Está todo? —repuso Star.

—Hasta el último gramo, coronel.

—Les mostraré mi esfera, pero, antes de subir, quiero que sepan el motivo por el que a esos seres de Sirio les indujo a llevar a cabo tal robo: mi esfera está preparada para alcanzar velocidades superiores a la de la luz. Luego, una vez cometido el robo jamás les hubiésemos dado alcance, aunque… —vaciló Sam—, tampoco les hubiese servido el escapar.

—Casi lo consiguieron —dijo Yeran.

—Escuchen: un día antes de hacer yo la prueba definitiva para situarme a otra dimensión se presentaron ellos, obligándome a que les enseñara el funcionamiento de la esfera. No tenía salida posible y lo hice, pero emitiendo un pequeño error; un error que les habría situado, si se situaban a otra dimensión, en el no-tiempo, es decir: entre el pasado y el presente… o el futuro, y se habrían quedado estacionados para siempre.

—Le obligarían a hacer alguna prueba… —dijo Star.

—Sí, pero sólo retrocedí unos días. El error era o entraba en acción al pasar la barrera de los años…

—¿Quieres decir que, retrocediendo o avanzando en el tiempo

más de un año, es cuando hubiesen quedado en una dimensión nula? —aclaró Sergio.

—Exacto, Sergio. Por eso no puse reparos en hacerles una prueba de algunos días. Bien, olvidemos por un instante eso y subamos —objetó Sam.

Sergio estaba al lado de la esfera, y ya había adelantado el cuerpo para subir, cuando ésta se puso en movimiento dándole un fuerte golpe. Detrás iba Star y ambos rodaron por el suelo.

—¡Sea quien sea el que va ahí dentro ha escuchado la conversación y puede causar mucho daño si no logramos detenerlo! —exclamó Sam.

La nave había tomado altura, dio media vuelta sobre sí misma y enfiló hacia ellos peligrosamente.

—¡Cuidado, viene hacia nosotros! ¡Échense a un lado o les aplastará!

Con un horrible estruendo la nave se incrustó en el lugar donde momentos antes estaban todos, palideciendo todos ante aquel acto.

Sam quedó mirando los restos humeantes de su nave.

—Tenía que terminar así —dijo en un tono casi imperceptible.

—Vamos, Sam. Ya nada tenemos que hacer aquí. Todo acabó —insistió Sergio.

Unas vocecillas irrumpieron de pronto. Elsa se había cuidado de adoptar a las hijas de Enric y rehacer de nuevo su vida.

—Ya te explicaré, cariño —dijo a Sergio besándole en la mejilla—. Creo que viviremos bien con ellas. En el edificio del Gobierno han arreglado todo y viviremos de momento en casa de los padres de ellas. Sólo falta tu conformidad.

—Como siempre, la mujer se sale con la suya —exclamó Sergio sonriendo afirmativamente. Luego se dirigió a Elsa y a las dos pequeñas que le miraban algo extrañadas.

—Bien, vamos a arreglarlo…

Mientras, Sam se alejaba con disimulo ante la plaga de periodistas que se acercaba. Dijo algo a Yeran y marchó precipitado. Las preguntas caían como un alud, sin dar tiempo a Yeran a contestar.

—¿Es usted Sammy Ross?

—¡No! —contestaba Yeran, esperando una nueva pregunta que se sucedía en el acto.

—¿Dónde está?
—¿No ha regresado?
—¿Le tienen secuestrado?
—¿Quiénes son los culpables?
—¡Escuchen! —gritó—. Sammy Ross no ha regresado ni sabemos su paradero. Esperamos todos que no le haya ocurrido nada.
Aquella falsa declaración figuraría en todos los periódicos y Sam se alegraría de ello. Había burlado a los periodistas y descansaría, después de cinco días.
—¿Qué pasó con el cargamento? —preguntaba uno.
Yeran no se explicaba cómo sabían ciertos detalles, pero alguien se adelantó a su pensamiento.
—El periodismo no tiene barreras y nos hemos enterado del caso hace unos instantes.
—El cargamento estuvo en manos de un asesino, aunque por poco tiempo…
Después de largo rato, Yeran despidió a todos y se alejó en uno de los coches de la patrulla de Star.
Instantes después el timbre sonaba en el interior del fichero y el propio Joel abría la puerta.
—¡Sergio! ¡Elsa!…
Sergio quedó algo confundido.
—Sé lo que pensáis, pero antes de nada quiero que escuchéis las declaraciones del doctor. Pasad.
Un hombre de mediana edad se adelantó y alargó la mano.
—Siéntense, por favor. Les hablaré sin rodeos.
Sergio y Elsa se miraron extrañados.
—A un hombre se le puede a veces anular por completo su personalidad; y a su amigo Joel se la anularon, pero, por fortuna, sin consecuencia alguna. Su sangre ha sido analizada minuciosamente y hemos hallado en ella, en cantidad ínfima, una especie de morfina combinada con una droga desconocida en la Tierra, que le tuvo como aletargado durante todo el tiempo, desde que empezó este caso. Esta droga, inyectada en pequeñas dosis en las comidas o bebidas, obraba como hipnótico y le hacía obedecer… y aún más: obrar de manera no común en él.
»En resumen —concluyó—. Joel Milland no era tal mientras

estuvo bajo la influencia del narcótico y su cuerpo actuaba como un robot humano.

—Creo que está claro —dijo Joel—. No hablemos ya de todo esto.

Sergio le dio una palmada con suavidad, en el rostro.

—Tuve un mal concepto de ti, amigo…

Elsa se adelantó y le besó en la mejilla.

—Creo que te lo has ganado —dijo.

—Ahora recuerdo que tengo una visita importante —insinuó el doctor.

—¿Algo grave? —preguntó Joel.

—¿Existe acaso un paciente de su rango? Todo es fácil cuando se llega a un episodio como el suyo, Joel. Hasta pronto, pero que sea esta vez para darme buenas noticias.

—Hasta pronto, doctor —exclamaron casi al unísono.

—¿Cómo pudiste librarte? —preguntó Sergio.

En breves palabras aclaró los hechos.

Instantes después la puerta se abrió y Sam asomó la cabeza por el umbral.

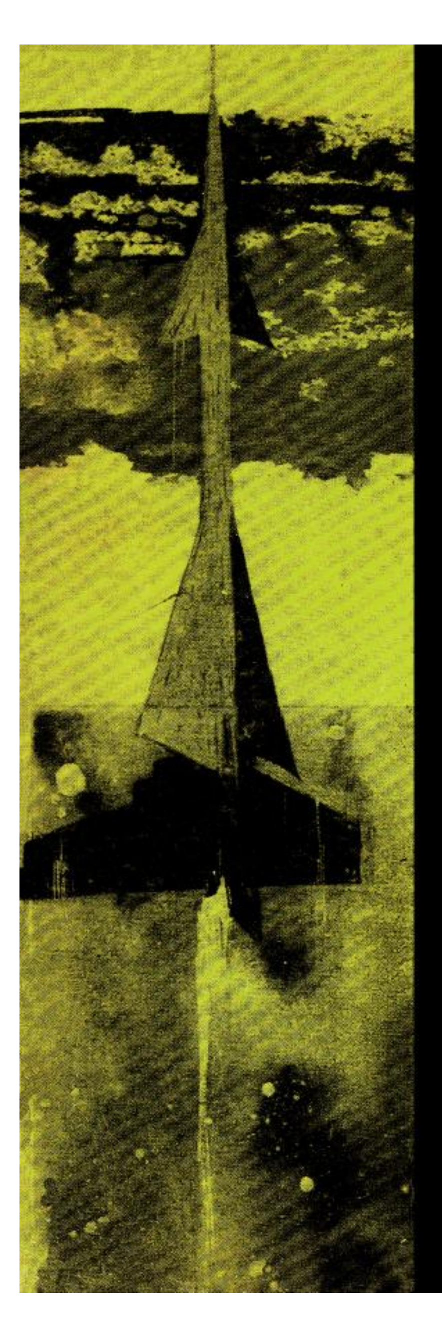
—¿Puede entrar el espectro de Sammy Ross? —bromeó éste.

—Adelante, espectro —contestó Joel—. Yo soy tu doble…

Para ellos había terminado bien una increíble aventura, en la cual la muerte había abierto sus brazos para ir con ellos a un mundo insólito donde reinan por doquier las sombras eternas. El destino había dejado solamente a dos compañeros que cayeran en el abrazo: Enric Burton y Lauren.

Como memoria a ellos, en la sala del fichero hay expuesta la ficha en la que consta la llegada de la nave de Saturno y en cuyo pie hay grabado este epitafio: «Esta ficha costó la vida de dos personas. Su valor es incalculable. Nadie que la lea debe recordarla como ficha de orientación, sino como la que rigió el destino de nuestros inolvidables compañeros *Enric Burton y esposa*».


FIN



Próximo número:

Dos civilizaciones estelares iban a encontrarse, y cuando eso sucediera se produciría

EL CHOQUE

Autor:

CLARK CARRADOS

Precio: 8 ptas.

Eduardo Palacín Balaguer, usó el seudónimo de Cristopher Sande.